

# El escándalo de la niñez

Los ataques a la infancia según cuatro pensadores católicos: Wast - Gnocchi - Chesterton - Castellani

Autor: | Editorial:

Los ataques a la infancia según cuatro pensadores católicos: Wast - Gnocchi - Chesterton - Castellani

## El autor

Nació en Lomas de Zamora en 1968. Está casado y tiene tres hijos. Es Profesor en Historia (Universidad Nacional del Comahue) y Doctor en Historia (Universidad del Salvador) y ejerce como profesor adjunto en la Universidad Católica de Salta y en institutos terciarios. Ha sido becario de posgrado y posdoctoral del Conicet. Es autor del libro "Tres ensayos de Historia indiana" (Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2003). Ha publicado artículos en las revistas Gladius, Cuadernos de Espiritualidad y Teología, Altar Mayor, Archivum y otras. Es colaborador de la revista española Arbil y del semanario mexicano El Observador, en el que escribe una columna semanal sobre autores católicos hispanoamericanos. Es además director de Tizona, Revista Digital de Educación y Humanidades y co - conduce el programa radial Cristo Maestro, dedicado a temas educativos y transmitido por EWTN - Radio Católica Mundial.

## 0 [Introducción](#)

## 1 [Pórtico](#)

## 2 [Hugo Wast y la "Autobiografía del hijito que no nació"](#)

## 3 [Don Carlo Gnocchi y la pedagogía del dolor inocente](#)

## 4 [Chesterton y lo que está mal en el mundo](#)

## 5 [La niñez, "víctima ritual", según el P. Castellani](#)

## 6 [Epílogo: "Si no os hacéis como niños"](#)

## 7 [Bibliografía](#)

## 8 [Citas](#)

## Introducción

Sebastián Sánchez nos habla en esta obra del *Escándalo de la Niñez*. Lo hace recorriendo los escritos de cuatro autores que, como centinelas de la aurora, percibieron y anunciaron el actual ataque contra la niñez, con admirable clarividencia profética, mucho antes de que la guerra se desatara; ellos, con también profética lucidez, elucidaron su verdadera y oculta naturaleza espiritual, proclamando el juicio de Dios sobre ella.

*El escándalo*. Una de las palabras más severas y duras de Nuestro Señor Jesucristo, va dirigida a los que "escandalizan a uno de estos pequeños que creen en mí". "Más le valiera – prosigue diciendo Jesús - que le pusieran al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y lo arrojaran al mar" (Marcos 9,42). *Escándalo*, del latín *scandalum*, es la piedra en la que se tropieza por el camino. En boca de Jesús se trata de una metáfora vial. Él la aplica especialmente a los obstáculos que pueden ponerle los hombres en el camino de la Cruz; en su Via Crucis, tanto a Él mismo como a sus discípulos. El camino del Hijo y de su Iglesia pasa necesariamente por la Cruz.

Por su parte, el fondo del mar es el lugar reservado en las Sagradas Escrituras a los malvados y enemigos de Dios, que merecen el castigo de su ira: la generación del diluvio; los ejércitos del Faraón que persiguen a los descendientes de los patriarcas; el ensoberbecido rey de Tiro; Jonás, el profeta desobediente; todos los pecados - y no ya los pecadores -, según la profecía de Miqueas preanunciadora del Bautismo cristiano..

El dicho de Jesús tiene en vista, decíamos, a los que hacen tropezar a sus discípulos más sencillos en el camino de su seguimiento. ¿En quién podemos pensar? Para nuestra sorpresa, en el contexto próximo del pasaje evangélico, ha sido Pedro, nada menos, el motivo de escándalo para Jesús y para sus condiscípulos juntamente, al oponerse a Jesús, con una buena intención indiscreta, cuando éste les anunció que debía padecer en la Cruz (Marcos 8, 31-33). Mateo explicita en el pasaje paralelo el reproche de Jesús a Pedro en estos términos: “apártate de mí, Satanás, eres motivo de tropiezo [escándalo] para mí”. El que poco antes había sido declarado Roca sobre cuya fe se edificaría la Iglesia, aparece ahora como Piedra de escándalo por no creer en la palabra de la Cruz que su Maestro le anuncia. Entre los escandalosos hemos de contar, pues, a los que, tan engañados como Pedro, oímos hoy que gritan a los cristianos: “¡pare de sufrir!”.

*La niñez.* Jesús suele hacer poca diferencia entre los niños y sus discípulos. Ve a sus discípulos como a niños y trata a los niños como a discípulos. Sus *hermanitos más pequeños* parecen ser unas veces los discípulos otras veces los niños. El Maestro hace un uso metafórico de estas palabras. La metáfora expresa una profunda mirada, que percibe un vínculo que relaciona el misterio de la infancia con el misterio del discipulado, el de la generación y de la filiación divina con la generación y la filialidad humana.

La misma relación parece no haber escapado al mundo enemigo de la fe que, encarnizado desde hace tanto tiempo en la persecución de los discípulos; se encarniza actualmente cada vez más ferozmente con la niñez y la infancia, desde el seno de la madre. Parecería que tras el intento ateo de eliminar a los creyentes, con la excusa falaz de que eso era la condición necesaria para el advenimiento de la humanidad feliz, el príncipe de este mundo se arrancara ahora el antifaz para mostrarse tal como es: homicida desde el principio, enemigo del hombre; cuya meta es la abolición lisa y llana de la humanidad.

Este es el trasfondo bíblico - teológico que subyace a este libro de Sebastián Sánchez y a los cuatro autores cuyo pensamiento nos presenta, y que tratan acerca de la niñez amenazada, sufriente, insidiada, atacada: Hugo Wast; el beato Don Carlo Gnocchi, Gilbert K. Chesterton y Leonardo Castellani. Cuatro grandes de la virtud y del pensamiento católico. Sebastián Sánchez los ha elegido con peculiar acierto.

A lo largo de cada una de estas presentaciones, Sebastián Sánchez va bordando su propio comentario de las ideas que ellos expresaron y dialoga con ellos, relacionando los dichos de sus respectivas obras, con las situaciones y hechos históricos actuales. Como buen historiador, deja hablar a la historia para que ella arroje su luz sobre el presente.

Se va iluminando así a través de las páginas de este libro la verdadera naturaleza espiritual de la actual cultura de la muerte, particularmente en lo que tiene de insidia contra la infancia. Una guerra no declarada, sino que se practica, hipócritamente, en nombre de los derechos del niño.

Le auguramos a estas páginas la difusión que se merecen en todos los ambientes *Pro Vida y Familia*; en los medios pedagógicos y escolares; entre los profesionales que se ocupan de la infancia sufriendo, abandonada, enferma, necesitada; entre los pastores de almas y las instituciones eclesiales que se ocupan de la niñez; en las familias. Todos ellos sacarán provecho de esta lectura y podrán mejor allanar el camino, remover los escándalos, como clamaba Isaías que se hiciera, preparando los caminos del Señor que viene como Niño, con un cortejo de discípulos y niños, sus hermanitos más pequeños.

Horacio Bojorge S.J.

Montevideo, 8 de diciembre de 2005

Solemnidad de la Inmaculada Concepción

Adviento del Señor

- [Preguntas y comentarios al autor](#)

## Pórtico

### I

El escándalo es el impulso de caer en el pecado, en la pérdida y ofensa de Dios. Por ello, el que escandaliza se convierte en tentador del prójimo y netamente atenta contra la virtud y el derecho.

Hay, sin embargo, dos sentidos del escándalo: el primero, es aquél que proviene del mismo Dios, de Cristo o de la Iglesia y que se origina en el rechazo culpable del amor salvífico por parte del mundo y en la voluntad rebelde de los hombres. Al respecto, dice santo Tomás que hay escándalo también cuando una persona honesta hace una buena acción que suscita la envidia pecaminosa del que está mal dispuesto<sup>1</sup>.

Dios mismo fue "piedra de obstáculo", por ejemplo, cuando se produjo el escándalo de los fariseos ante Cristo. Porque el fariseo odia la Verdad y sus epifanías temporales y, desde el momento en que la reconoce, se ocupa de destruirla invirtiéndolo todo, como con Jesús ante el Sanedrín: "la Escritura en sus labios será blasfemia, la verdad será sacrilegio, los milagros serán obra de magia"<sup>2</sup>. Por eso se decreta Su muerte que, para mayor escándalo farisaico, deviene en un nuevo 'escándalo', el de la Cruz Redentora.

Es conforme a este primer sentido que nuestro Señor sentencia: "¡Feliz de aquél que no se escandaliza de Mí!" (Lc 7,23) pues, como enseña el P. Alberto Justo, "en definitiva, *abrir la puerta* a Jesucristo comporta, ante todo, no escandalizarse de Él... No rechazar el misterio, ni temer lo que se ve y lo que no se ve. Abrir el

corazón sin cuidado ni reparo,...sobre todo cuando *no se entiende*"<sup>3</sup> .

Pero nosotros partimos aquí del segundo sentido del escándalo, esto es, el pecado que en sí mismo busca la *ruina espiritual* del prójimo, el que induce al pecado por "el sólo gusto de ver perdida la gracia y la inocencia para mejor aprovecharse de la caída"<sup>4</sup> . Por ello Santo Tomás declara que es el *pecado de los pecados*, directamente opuesto a la caridad, en tanto atenta contra la salvación eterna del otro<sup>5</sup> .

El que escandaliza - dice el P. Sáenz - obra a la inversa de Cristo y de su designio redentor. Si el Verbo eterno, en su amor infinito por los hombres, resolvió encarnarse, sufrir por ellos las terribles ignominias de la pasión, y morir en una cruz innoble para reconciliar a la humanidad caída con su Padre celestial, obra evidentemente mal quien, mediante sus palabras o sus acciones, arrastra a los otros al pecado, poniendo así a los redimidos por Cristo en peligro de perderse<sup>6</sup> .

Nos referimos al escándalo de la niñez al hablar del hambre y la miseria, del trabajo y la pornografía infantil, de la pedofilia y de la violencia en todas sus formas, de la droga, de los "niños del divorcio", de la adopción por parte de homosexuales y de un lamentablemente largo etcétera. Hoy resulta evidente que se abate sobre los niños el mal de los que optan por la iniquidad. Porque el mal también "progres", como ha dicho Castellani, de manera tal que los malos de ayer parecen seres diáfanos frente a los de hoy. Todos los días, todos, nos encontramos con horribles noticias de acciones malignas ejercidas contra los niños.

Así, todos los ataques que mencionamos resultan reales y sobrecogedores y deben ser vistos más allá de lo fenoménico para remitirse al mal que los causa. Porque lo cierto es que detrás de esta *avanzada escandalosa* hay una embestida velada que puede denominarse *agresión ideológica contra la niñez*, de la que se desprende la deformación en el hogar, la escuela, los medios de comunicación, las revistas para niños y los dibujitos animados, la propia comunidad. Es una guerra inmisericorde contra los débiles, una ofensiva que denota odio a la inocencia y desprecio por la diafanidad de la niñez.

Es lo que expresa Monseñor Héctor Aguer cuando, tras señalar la pobreza y el abandono que afligen a la niñez de hoy, indica que aún hay algo peor, esto es, "la cultura consumista y mediática, (que) como una máquina despiadada, avasalla y arruina el alma de los niños, les arrebató el pudor, falsifica el conocimiento de las realidades más esenciales y entrañables de la condición humana y los empuja subrepticamente al ejercicio de una libertad sin norte que resulta de la confusión del bien y del mal"<sup>7</sup> .

Ante ello, es de considerar que esta deformación encuentra base en la ideológica herramienta de los llamados *Derechos del niño*, esto es, uno de los nombres que hoy recibe el *escándalo de la niñez*. Efectivamente, estos derechos, emanación pura de los llamados Derechos Humanos, sufren también la *sorprendente contradicción* que marcara en su día Juan Pablo II, pues mientras más se los anuncia, más se los conculca. Son, de hecho, meras declamaciones que se repiten ad nauseam mientras se multiplica y se hace efectiva la continua legitimación de los atentados contra la vidas<sup>8</sup> .

Históricamente hablando, el concepto pervertido de libertad que subyace a estos derechos se encarna en la Declaración de los Derechos del Hombre, sancionados en la sangrienta Revolución Francesa de 1789 y reactualizados en los albores del actual Nuevo Orden Mundial, en 1948. A partir de allí se efectiviza la pretensión de erigir una nueva *Tabla de la ley*, absolutamente contraria a la ley natural y "en virtud de la cual la verdad sería una mentira y la mentira verdad, hacer el bien sería el mal y hacer el mal, un bien"<sup>9</sup>.

Porque la verdad es que estos pseudoderechos remiten a un mal espiritual que no tiene nada de nuevo, esto es, el ofuscamiento de la conciencia moral, aquel oscurecimiento que expresa el Profeta Isaías al decir: "¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien, de los que cambian la tinieblas en luz y la luz en tinieblas, de los que vuelven dulce lo amargo y amargo lo dulce!" (Is 5, 20)<sup>10</sup>. Y, precisamente lo singular del mundo moderno es que lleva esta enfermedad espiritual al paroxismo cuando expresa en boca de Nietzsche, uno de sus principales corifeos: "Mal, sé tú mi bien"<sup>11</sup>.

Asimismo, en forma paralela a la ofuscación o desnaturalización de la conciencia moral, se hace evidente la muy peligrosa *guerra semántica* que, entablada en todos los órdenes, tiene la intención manifiesta de intentar cambiar el sentido del lenguaje para cambiar el alma<sup>12</sup>. Así, la traumática mutación de las palabras y su sentido, directamente asociada a la ofuscación de la conciencia, tiene por resultado un orden invertido y de suyo antinatural.

Se trata en efecto de un *orden desordenado*, si se nos concede la contradicción, que responde a la *lógica del maligno*<sup>13</sup> y según el cual *todo está permitido*: el aborto, la anticoncepción y la esterilización por los derechos sexuales y reproductivos; la eutanasia por el derecho a no sufrir; la clonación por los derechos de la ciencia; la destrucción de las patrias por el derecho al internacionalismo globalizador; las guerras genocidas por el derecho a la democracia; los ardides partidocráticos por el derecho de los crápulas a tiranizar; la inseguridad por los derechos del delincuente; la disolución del matrimonio en nombre del derecho al divorcio; la familia derruida para honrar los derechos homosexuales; la verdad destrozada en nombre del derecho a la opinión; la pornografía, puesta a veces al servicio de la blasfemia contra la fe católica, en nombre de la libertad de expresión a través del 'arte', el cine, la prensa y los medios de comunicación, la libertad destrozada en pos de la liberación; la libertad religiosa socavada por el derecho de las minorías cismáticas o heréticas; los derechos de Cristo Rey conculcados por los derechos del hombre. Y, como ha de suponerse, el niño escandalizado en nombre de sus derechos.

Vale traer a colación algún que otro ejemplo suficientemente demostrativo del escándalo del que hablamos. En tal sentido, pensemos en la recientemente inaugurada costumbre de incluir algún travestido en los programas televisivos de gran teleaudiencia. ¿Cómo explicar a los niños el por qué ese "señor" se viste, habla y mueve como mujer y adopta posturas sensuales ante otros señores? ¿Qué derecho les asiste al perturbar de esa forma a nuestros hijos? ¡Y cuidado con oponerse a tan funesta perversión, pues de inmediato saldrán a la palestra los *defensores de los niños* a vociferar cuánto derecho tienen éstos de comprender las diversas formas de vivir la sexualidad!

Pensemos ahora, siguiendo con los ejemplos televisivos, en la utilización perversa de los niños en programas en los que se reivindica la precocidad idiota, en los que se los trata o se los hace comportarse como adultos y, por lo mismo, se los incorpora a la lógica perversa de una sexualidad invertida o se los incluye en el tratamiento de las miserias de la politiquería partidocrática. Mientras escribimos, recordamos el reciente caso de un pequeño a quien se le hizo blasfemar, recitando un falso Padrenuestro cuyo objeto era

invocar el carácter divino de un malhadado ídolo deportivo, carcomido por la droga y la vida depravada.

Y, en plan de ejemplos, ¿cómo no pensar en los que nuestra marchita educación nos depara? Algo de eso diremos en los capítulos referidos a Castellani y Chesterton, pero es importante pensar aquí los efectos de una enseñanza tan descarriada en sus fines como pervertida en sus medios. Los niños son objeto de cuanta peregrina idea se le pasa por la cabeza al ideólogo tecnócrata de turno, cuyo accionar Clive Lewis caracterizó adecuadamente como la "tiranía del experto". Así, en pos de la destrucción de la inocencia de los pequeños, desde el jardín de infantes se los incluye en clases de educación sexual, donde se les enseña la función del preservativo o las bondades de la masturbación pero, sobre todo, se les inculca el veneno de la llamada *teoría de género* que, básicamente expuesta, consiste en destruir los estereotipos femenino y masculino, negando la naturaleza y afirmando que todo se reduce a las meras pautas socio - culturales. Así, el niño aprende que, a pesar de haber nacido hombre puede convertirse en mujer, y viceversa, con sólo determinar cuál es su verdadera identidad sexual.

Los ejemplos acerca del uso (que es siempre abuso) de los niños pueden multiplicarse y a cada lector le corresponderá agregar cuántos haya visto o experimentado. Pero lo cierto es que lo desmesuradamente inaudito, y decididamente diabólico, es que a través de los Derechos del Niño se ´denuncian´ los mismos ataques que los ´recreadores´ de esos derechos pergeñan, avalan e incentivan. En definitiva, la ruina espiritual y física del niño en nombre de los Derechos del Niño.

Pero, ¿por qué son los niños el objeto de estos ataques? Nos responde Antonio Caponnetto en un libro pletórico de verdades poéticamente proferidas: lo que mueve a los escandalizadores es el *odium Christi* pues, si Dios se hizo Niño, "es comprensible que quienes reniegan de El no sólo no quieran anisarse, sino que además pretendan matar al Niño Dios que cada criatura revela por haber sido hecha a su imagen y semejanza"<sup>14</sup>.

Mas el homicidio de lo divino en cada niño, o en cada ser dotado con la infancia espiritual, no sólo implica el daño físico que encuentra su culmen en el infanticidio. Se mata al Niño Dios presente en cada niño cuando se implanta la duda en su espíritu, *cuando se le escatiman las certezas*. Se lo mata al dejarlo en manos de pervertidos profesionales, so pretexto de impartición de educación sexual. Se lo mata al destruir en él el sentido de la familia y de la Patria. Se lo mata cuando se le enseña la incredulidad y la impiedad. Se lo mata cuando se le priva de la propia infancia en pos de una precocidad estulta. Y, en fin, se mata también al Niño Dios presente en las criaturas en cada *desnaturalización* de la infancia<sup>15</sup>, pretendiendo mancillar y, finalmente, matar el alma.

Por lo antedicho, el Niño Dios es el Paradigma del sufrir inocente, el Arquetipo celeste que desde su inefabilidad explica los tormentos que hoy padecen los niños. Lo expresa el P. Faber al decir que "el Calvario se une con Belén en el alma del Niño, y en su mirada hay algo de eterno que se armoniza maravillosamente con la infancia"<sup>16</sup>.

Odio al Creador y, por lo mismo, odio a la creatura. Con semejantes antecedentes no es menester buscar demasiado al causante de semejante escándalo. Pues, más allá de los escandalizadores, no otro que el demonio es quien promueve y sostiene este escándalo. Ya lo dijo San Gregorio Nacianceno: "¡Pues el fuego

es tuyo, y el que lo sopla es el demonio!".

Uno de los más grandes santos de los niños, San Juan Bosco, supo ver la inquina diabólica en el escándalo y en más de una ocasión llamó admonitoriamente a los jóvenes bajo su cuidado. "Mis queridos hijos - les dijo una vez - el demonio va rondando en derredor de vosotros y yo lo veo cómo se esfuerza por devoraros"<sup>17</sup> .

Don Bosco, como tantos otros santos, conoció la verdadera naturaleza del escándalo, es decir, de ese pecado enorme que significa robar las almas a Dios, las mismas almas que El ha creado para el Paraíso y que rescató con la preciosa sangre de Jesucristo.

Cuando el demonio no consigue seducir a un joven, - dice el Santo - se sirve de los escandalosos (...) El escandaloso roba las almas para ponérselas en las manos al demonio, que las llevará al infierno. Por todo eso, al escandaloso se le puede llamar verdadero ministro de Satanás<sup>18</sup> .

No es ocioso, por lo antedicho, señalar una vez más que la tarea de denunciar y combatir todo escándalo no debe partir de lucubraciones pseudopolíticas o sociológicas sino de la aprehensión del *misterio de la iniquidad*. Se lucha contra el Malo y sus esbirros, así sin más, pero sabiendo con Brasillach que "la obra de los malos nunca fue duradera" y que, al fin, se "tragará la noche los sueños que soñaron"<sup>19</sup> .

El Combate, como ha dicho el Señor, no es contra los que matan el cuerpo, sino contra los que matan el alma. Es una contienda terrible pero, como reza el P. Castellani: "Dios no pide que vencamos, pero sólo nos pide Dios no ser vencidos...".

## II

No bastan nuestras solas fuerzas para enfrentar la tarea que nos hemos propuesto. Por eso, supuesto el auxilio de la Gracia, lo hacemos apoyados en el pensamiento de cuatro enormes autores.

En efecto, el libro está integrado por cuatro ensayos, uno por cada autor, referidos al escándalo de los niños. Los dos primeros títulos, correspondientes a Hugo Wast y Carlo Gnocchi, fueron publicados en su momento por la revista española Arbil, a cuyos responsables agradecemos la autorización para incluirlos en este volumen. Los otros, dedicados a Chesterton y el P. Castellani, fueron escritos especialmente para este opúsculo. Creemos que la unidad está dada por el propio tema, pero el lector sabrá juzgar si la poseen o no. Por otro lado, cerramos con un breve epílogo que intenta reflejar la doctrina positiva acerca de este delicado tema. Allí, aunque someramente, procuramos exponer el núcleo de nuestra esperanza, la de *hacernos niños* con el Hijo y con Su Madre, que es también la nuestra.

Cada capítulo incluye una breve nota biográfica del autor que lo ha inspirado, en rigor, apenas una breve noticia, pues ninguno necesita ser presentando. Todos y cada uno han dejado una huella indeleble en generaciones completas en todo Occidente. Son cuatro egregios escritores de pensar original, diferenciados entre sí pero a la vez íntimamente identificados en el celo apostólico, el servicio a la Verdad y el odio al pecado, sobre todo cuando éste se manifiesta bajo la forma de la ofensa a los débiles.

Abundan los fundamentos teológicos en éstas páginas, como cuadra a un tema tan esencial como el que proponemos. Mas mi condición de laico sin formación sistemática en teología me mueve a realizar una importante advertencia: todo lo aquí afirmado pretende ser fiel a las enseñanzas de la Iglesia Madre y Maestra. Por ello, si en algo hemos errado, si en algún punto hubiéramos podido incurrir en contradicción con las enseñanzas de la Sagrada Escritura, la Tradición o el Magisterio Auténtico, ha sido en forma absolutamente involuntaria. Como reza la antigua fórmula estampada al final del libro, todo el contenido lo ponemos bajo la corrección de la Santa Madre Iglesia y a Ella obedeceremos ante cualquier señalamiento.

No obstante, es éste un libro sencillo en su forma y alcance y no tardamos en reconocer sus limitaciones. Está pensado para replicar a una situación, gravísima de suyo, que no se condice con la escasez de respuestas que son menester.

Asimismo, no se nos escapa que el resultado final de este escrito parece tener un sesgo negativo, de forma tal que pareciera denotar cierta desesperanza. Pero, más allá de las impresiones, sólo pretendemos poner en consideración un estado de cosas que no puede ser soslayado, so pena de complicidad con el mismo. Y si es cierto que nos motiva la hartura por la injusticia e impiedad de los que escandalizan hoy impunemente a los niños, no lo es menos el hecho de que, por gracia de Dios, nos guía la esperanza de los tiempos postreros, la certeza de que Cristo vuelve y que pondrá cada cosa en su lugar, según justicia.

Además del ofrecimiento personal, a mis tres hijos, he dedicado este escrito a Mónica Isabel Aquino, decisión que bien merece una explicación pues mucho tiene que ver con su espíritu primigenio.

Mónica Isabel fue una niñita que vivió sus escasos nueve años en la ciudad de Corrientes, en Argentina. Durante el día, luego de la escuela, ayudaba a sus padres con la alicaída economía familiar ofreciendo estampitas de santos en las calurosas calles correntinas. Hasta que el aciago 25 de mayo de 2004, el Día de la Patria, desapareció sin dejar rastros. A partir de ese momento, y durante seis días de angustia, el pueblo correntino salió caritativamente a buscar a la pequeña ausente. Finalmente, fue hallada muerta y con signos de haber sido atrocemente vejada. Se supo más tarde que sus captores la habían mantenido cautiva cuatro días en los que, hora tras hora, mancillaron su inocencia y su cuerpo, despedazaron su pureza y, finalmente, presa de una locura diabólica, la asesinaron.

Los medios de comunicación apenas se hicieron eco del nefando hecho. Los *defensores del Niño*, enfrascados como están en los repartos masivos de anticonceptivos y los planes de legalización del aborto, omitieron desvergonzadamente el tema. Los organismos de derechos humanos continuaron vociferando el grito invertido de defensa de los viciosos y malvivientes. Los políticos aseguraron que pondrían a disposición

del caso todos los medios para garantizar la justicia... y rápidamente pasaron a otra cosa. Y la multitud de *los que no saben lo que hacen*, siguió con el curso de sus vidas, con un dolor más auestas, pero atenta a los problemas de la inmediatez. Y hubiéramos hecho lo mismo, Dios lo sabe, si un profundo llamado interior venido del Otro, no nos hubiera hecho detener en la enajenada dimensión del horroroso crimen. Fruto de ese llamado, es el libro que hoy ponemos a consideración de los amigos lectores. Mónica Isabel, a quien jamás conocimos en vida, es uno de los signos del escándalo abominable de la niñez en el mundo. Por eso, a lo largo de esta redacción, cuando se cernía sobre nosotros la tentación de la retórica vacua o del discurso sin asiento en lo real, vino en nuestro auxilio el doloroso recuerdo de esta niñita. Porque, así como no creemos en "El Hombre", tampoco creemos en "La Niñez" sino en los niños, en cada uno de ellos, en los nuestros y en los ajenos, en la Martita Ofelia de Castellani y en nuestra Mónica Isabel, la niñita de los nombres de las santas cuyas estampitas ofrecía, la del apellido Angélico, la pequeña violentada por los chivatos luciferinos. Por eso, este humilde libro está dedicado a todos los pequeños que no tuvieron justicia terrena pero que esperan en el Señor.

Una década atrás, cuando nos atenazaba un dolor indecible, un maestro, un amigo, nos dirigió una epístola con un puñado de palabras a las que cada tanto volvemos en pos de la tan esencial templanza y que hoy queremos compartir con el ocasional lector.

Hubo una vez un español hidalgo que respondió así a los rojos: "Yo tenía diez hijos. La mayor, que era toda mi ilusión, ha muerto. Pero yo espero verla el Día de la Resurrección de la Carne. Yo no hago otra cosa más que esperar. Pero cuando veo que vuestra doctrina enseña que entre los restos de mi hija muerta que aguarda la Resurrección de la Carne y los de la carroña de un buey, no hay ninguna diferencia, yo os digo: mientras haya hijos que mueran y padres que esperan, se rebelarán contra vosotros".

Tal es el signo inalterable de nuestra esperanza y la esencia de nuestro empeño militante por la Iglesia y la Patria.

Antes de terminar este ya extenso prólogo quiero agradecer a todos aquellos que, de un modo u otro, colaboraron con este trabajo. Vaya entonces mi abrazo agradecido a Mariana, mi esposa, quien con servicial paciencia corrigió el original. A mi hermano Matías, con quien comparto la pasión por la Patria y la Iglesia, y que más de una vez me alentó a continuar con esta labor. Al Dr. Antonio Caponnetto, testigo indeleble de la Patria, por su constante sostén magisterial. Al Dr. José Luis Orella Martínez, el muy navarro amigo de Arbil, por la confianza al publicar parte de estos ensayos en su prestigiosa revista. Al admirado P. Horacio Bojorge SJ, que generosamente leyó el original y obsequia unas palabras preliminares a modo de presentación. Y, finalmente, al P. Italo Varvello, Párroco de Nuestra Señora de Lourdes y verdadero hombre de Dios y de la Iglesia, porque con su testimonio inquebrantable y su acrisolado amor a los débiles nos ha enseñando el valor del Buen Combate por la vida.

Neuquén, 15 de Octubre de 2005

Fiesta de Santa Teresa de Jesús

## Hugo Wast y la "Autobiografía del hijito que no nació"

*Cumplo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo*

*San Pablo (Col 1, 24)*

### El hombre y la vocación

Quisiéramos poder decir que Gustavo Martínez Zuviría, Hugo Wast, no necesita presentación ante los lectores argentinos e hispanoamericanos, pero no es posible pues su enorme obra literaria, leída antaño por gentes de todo el mundo, permanece hogaño en la silenciosa oscuridad que la contracultura dominante impone a los pensadores católicos. Es que el "mundo mundano" no admite a los caballeros cristianos que en cada circunstancia han sido Testigos de la Fe y, menos aún, si han tenido el atrevimiento de ser egregios literatos, como en este caso.

La sola historia de la literatura argentina es pródiga en ejemplos de proscripciones y ensalzamientos alternados. Así, por ejemplo, a Leopoldo Lugones no se le perdona la casi póstuma conversión ni la *pietas* patriótica del final de su vida, pero se aplauden sus extranjerizantes inicios literarios, pletóricos de agnóstico romanticismo de corte rubendariano. Y, en el mismo sentido, se exalta al "último" Marechal, apóstata y filomarxista, pero se aborrecen sus ominosos "errores de juventud", esto es, su contribución en los Cursos de Cultura Católica y su patriótica poesía religiosa.

Pero a Hugo Wast, la pseudocultura no le perdona nada. Porque fue un caballero cristiano en todo el sentido de la expresión. Porque fue un Señor de la Patria Católica sin claudicaciones. Porque fue a la vez padre y esposo amoroso y firme milite por la familia argentina. Porque fue adalid de la literatura católica e hispánica y hombre público dispuesto al sacrificio por el Bien Común natural y sobrenatural. A él debemos los argentinos, aún cuando la multitud de los *que no saben lo que hacen* no lo reconozca, la sanción del decreto ley que restauró la educación religiosa en la Argentina en el año 1944.

Los libros de Hugo Wast, sin excepción, han sido motivo de escarnio y de furor destructivo para los ideólogos, sobre todo en los últimos veinte años. No han faltado incluso las denuncias por su "antisemitismo" y el decomiso de alguna librería porteña por parte de la policía, brazo ejecutor de la censura del Régimen. Acontecimientos éstos que sólo continuaron el mismo sendero de las condenas que nuestro autor sufrió en vida. Valga como muestra de su martirio incruento su destitución del cargo de Director de la Biblioteca Nacional cuando, en 1954, el gobierno peronista de entonces desató la persecución, igual que hoy, contra la Iglesia. Se vió entonces obligado a desalojar la casa que ocupaba con su esposa y sus diez hijos en el segundo piso de la Biblioteca. No tenía casa propia y deambuló varios días recurriendo a sus amigos hasta encontrar vivienda decorosa donde cobijarse con los suyos. Pero él vivía la persecución con cristiana alegría pues, para decirlo con sus propias palabras, "algo le falta a la gloria de un escritor católico a quien no se le menosprecia por razón de su obra"<sup>20</sup>.

Y seguimos en su paráfrasis al decir que, tanto en su vida como en su obra, Hugo Wast fue el fiel reflejo de quien jamás anduvo corto al cumplir su misión, esto es, la de católico al servicio de la Palabra por la palabra. Nunca tuvo miedo, salvo el *timor Dei* que hace a los hombres santos, y jamás pactó con el enemigo, pues al único diálogo al que fue afecto es aquél de la admonición caritativa que procura la salvación del otro. Y, sobre todo, nunca se cuidó a sí mismo sino que dejó que Dios lo cuidará.

Por eso nada dejó sin decir en sus novelas. El amor y la pasión, el orgullo y las miserias, los vicios todos quedaron estampados en su prosa fresca y sencilla porque supo con claridad que "el pecado es materia de arte. No se trata de escamotearlo, como si no existiera; pero si se lo presenta, es necesario presentarlo como pecado. Nada más"<sup>21</sup>. Hugo Wast nunca escribió uno de esos "malos buenos libros" que omiten al pecado como si no existiera. Y, por lo mismo, jamás se preocupó por el "escándalo farisaico" tan cercano al protestantismo victoriano, que no al catolicismo criollo.

Decir que fue escritor prolífico es casi un eufemismo. Las ediciones de sus libros en castellano, contando sus reimpressiones en el país y en el exterior, y las numerosas versiones a lenguas extranjeras, suman 450 volúmenes. Su primer libro, "Rimas de Amor", se publicó en 1904 y fue la única obra poética de su vida. De ahí en más, hasta la "Autobiografía del hijito que no nació", publicada en 1963, fue un novelista católico que alguna vez, cuando los temas lo merecieran, acometería victoriosamente el ensayo. "Año X", sus reflexiones sobre la Revolución de Mayo, y "Navega hacia alta mar", su tratado de ascetismo, son dos obras luminosas de este último género<sup>22</sup>.

En fin, Hugo Wast cumplió sobradamente las condiciones que Manuel Gálvez fijó para el novelista católico al decir que "tiene que ser un hombre que grite la iniquidad del mundo; que muestre la obra oculta de Dios en las conciencias atormentadas o corrompidas; que no transija con la hipocresía; que señale a los católicos sin cristianismo, vale decir, que viven como si Cristo no hubiera dado su Sangre por redimirnos; que descubra las fuerzas demoníacas que hay dentro de cada hombre; que no tema a las más bajas realidades"<sup>23</sup>.

Hasta aquí el hombre. Evitaremos el error de querer decirlo todo para terminar diciendo nada. Ya sabrá el lector buscar por su cuenta la rica biografía de nuestro autor. Aquí sólo aspiramos a fomentar, sobre todo en los más jóvenes, la lectura del entrañable escritor. Para ello, y sin obviar nuestras limitaciones, trazamos a continuación las líneas centrales de su novela póstuma, acaso una de sus obras más importantes si no por la calidad literaria, por la caritativa originalidad de su empeño.

### **La "Autobiografía del hijito que no nació"**

"Mi cuerpo es tan pequeño todavía que no puede ser visto por los ojos de nadie, pero mi alma ya es tan grande como lo será siempre". Así comienza este magnífico libro, de género único, en el que un nascituro piensa y sufre, habla con los ángeles y arcángeles y sueña, como sueñan las almas inocentes, en ser un sacerdote al servicio de Cristo Rey.

Es éste un libro católico que sobrevuela los dogmas sin cercenamientos ideológicos. Fiel a su apotegma, nuestro autor no deja nada por decir y, lo mismo se detiene en el Misterio de la Creación y la Redención o en la acción de los ángeles, que en la realidad opresora del pecado y en la causa del mismo, el demonio. Porque Hugo Wast no sufrió las taras ideológicas modernistas que empiezan por negar al diablo como realidad personal y terminan por impugnar la naturaleza divina de nuestro Señor Jesucristo.

Y, si es cierto que no hace del Maligno su tema central, como haría un luterano, no lo es menos el hecho de que no deja de señalar las penas del infierno para los impíos que mueren sin arrepentimiento.

Prueba de esto último es la pavorosa escena de la muerte de Tubal Astaró, el pérfido abortero, que en su lecho mortal recita el *Himno a Satanás de Carducci* y la *Oración a Satanás* de Proudhon:

Su cara se descompuso - describe Wast - Mueca pavorosa en que se mezclaba la asfixia de los pulmones, el dolor agudísimo de las arterias finas que estallaban, el miedo insondable y tenebroso en que se hundía la mísera alma, sin otro salvavida que las blasfemias con que había implorado la protección del diablo y no el perdón del Redentor, que por ella derramó en vano su Sangre. Tan cierto es que Dios respeta hasta el borde del infierno ese prodigio de la Creación que es la libertad humana <sup>24</sup> .

Hasta que, tras tan horrenda agonía, llega la muerte y el paso al infierno, con sus penas de daño y de sentido, que no otro es el destino de los que mueren con la impenitencia final <sup>25</sup> .

Texto católico como el que más, Autobiografía es, por lo mismo, un libro cristocéntrico y mariano, eucarístico y sacramental, profundamente angelógico y, a la vez, esencialmente humano.

Es cristocéntrico porque se expresa en él el drama de la Cruz y se manifiesta, en el sufrimiento del niño que sabe que se lo asesinará, aquello de San Pablo: "Cumpro en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo" (Col 1, 24). Nada más digno que el dolor señorial de una criatura inocente para aprehender, siquiera en parte, el Misterio de la Redención de nuestro Señor. Porque no hay Gloria sin la Cruz, ni felicidad sin Calvario.

Y esta singular "Autobiografía" es también un libro mariano, porque capta la luz de la maternidad de María y desde ella analiza las luces y sombras de la maternidad humana. Gran parte del texto se sostiene en el suspenso acerca de la decisión de la madre terrena del nascituro, que se sacude en el terrible péndulo de ser fiel a su vocación materna, por un lado, y por el otro, a la tentación, azuzada por el diablo, de dar paso al egoísmo del marido y suyo propio para cometer el abominable pecado.

Al hablar de su ángel guardián, que se estremece de amor al sólo nombre de la Señora, el niño dice que la mejor lección que éste le ha dado es "la de que Dios me ama desde antes que yo existiera con un amor inmenso y que la Santísima Virgen es Madre de Dios y también madre mía, otra madre que me quiere más

que la que ahora me lleva en su seno”<sup>26</sup>.

Es también un libro eucarístico. Temor y temblor producen las páginas en las que el pequeño nascituro ve iluminarse el seno materno por la luz irradiada por la Comunión. Vale entonces transcribir un diálogo del niño con el ángel, en el que éste le explica la razón del súbito resplandor en el seno materno.

La luz del corazón de mi madre me deslumbra - dice el niño - Parece ahora mil veces más intensa que hace un rato y yo, pobrecito de mí, que he recibido ya tantas lecciones de mi ángel, no sé qué es este calor precioso que me penetra el corazón y esta claridad que tanto me alegra.

- Tu mamá - dice Absalón, que ha plegado sus alas y se ha puesto de rodillas - acaba de comulgar. Lo que tú estás sintiendo es el amor a Cristo Jesús, que en este momento está muy cerca de ti.

- ¿Puedo hablar yo con Él?

- Sí, dile que lo amas. El te comprenderá.

- No me limito a decirle que lo amo, por mi cuenta agrego otra cosa: Señor, te amo... Quiero nacer para ser tu sacerdote y perdonar los pecados de los hombres. ¡No permitas que me maten, Señor! <sup>27</sup>

Y, además, es éste un libro angelológico pues en él se destaca toda una angelología tan necesaria como despreciada por las reflexiones torvas de la "nueva teología". En efecto, aquí se realza especialmente a los Angeles Custodios, destinados por Dios para guardar y custodiar a los hombres. Estos ángeles, enseña el P. Díaz, poseen una Sagrada tarea y misión, expresada en una oración piadosa que dice: ´guardar, sostener, proteger, visitar y defender´ a los hombres” <sup>28</sup>. Y lo propio indica Wast al presentar a un ángel guardián como el verdadero interlocutor del nascituro a medida que se aproxima el tan terrible final. Las páginas del libro son hospitalarias de consejos y admoniciones angélicas. Vale recordar que es precisamente el ángel custodio quien, en escena majestuosa, otorga al nascituro el milagro del Bautismo, diciéndole a unos de los practicantes del crimen: "Tenga piedad de este niño que todavía vive. Usted que sabe la fórmula, bautícelo" <sup>29</sup>. Porque, por misterioso designio del Señor, un ángel, que tiene la visión Beatífica y acompaña diariamente a la Virgen, no puede administrar los sacramentos. Sólo un hombre, *alter Christus*, puede hacerlo <sup>30</sup>.

Libro profundamente humano, en fin, porque muestra la verdadera naturaleza creatural del hombre, allí, en el confín de lo visible y lo invisible. De esta peculiar autobiografía se desprende toda la sana antropología, aquella que busca la contemplación de Dios en el fondo del alma. *In interiore homine habitat veritas*, ha dicho San Agustín. Si el libro describe la infamia horripilante del aborto, producida en la oscura aceptación de los padres, es para señalar otra "noche de las entregas", en las conciencias oscurecidas por el pecado, pero también para inocular el sentido de nuestra esperanza. Porque eso es lo sublime del hombre, el ser capaz de lo peor, por su caída en el pecado, pero también de lo excelso y diáfano, por su tensión a Dios, por ser *capax Dei*.

### ¡Al combate por la vida y a la Vida por Cristo!

Hugo Wast terminó la Autobiografía en 1962, poco antes de partir a la Casa Paterna. Es su libro póstumo, su último bien legado. Por el momento en que fue escrito el libro no señala los alcances de la actual Cultura de

la Muerte. No podía hacerlo. Pero en sus páginas se describen proféticamente, tendencias que hoy son realidades objetivas. Ya se develan allí las semánticas deformaciones inmanentes al entramado ideológico que ofusca las conciencias y se atisban las condiciones que permiten este estado de locura social en el que hoy vivimos.

Pero ante todo Hugo Wast dice, cómo sólo él puede hacerlo, lo que hay que decir y lo hace sin eufemismos ni claudicaciones semánticas. Por eso, su obra resulta tan significativa en un momento en que el mismo "discurso" de la defensa de la vida se impregna a veces de ambigüedades y giros tergiversatorios que no podemos ni queremos soslayar.

En efecto, en no pocas ocasiones escuchamos un discurso morigerado, desprovisto del "sí, sí; no, no" del Evangelio, un palabrerío que omite toda referencia al Orden Natural dimanado de la Ley Eterna y que se sostiene en cuestiones sin sustancia. Así, suele hablarse de la "defensa de la vida" argumentando la convivencia democrática, la Constitución, los derechos humanos, el igualitarismo o una equívoca defensa de los "valores". De ese modo, se dice algo para no decir nada y se continúa con la connivencia, material y espiritual, con el enemigo de la Vida.

Lo que hay que combatir es el verdadero proyecto que subyace en la mentada Cultura de la Muerte, esto es, la condenación eterna de quienes en ella se enrolan. En tal sentido, es menester comprender que el Enemigo se vale de tan inicuos medios (aborto, eutanasia, anticoncepción, esterilización, etc.) para lograr su cometido mayor: engrosar su legión de condenados.

Ante eso, la llamada Cultura de la Vida sólo es posible si se entiende de una vez por todas que su sentido último es la salvación de las almas y no la mera reacción a lo que los cultores de la muerte "ponen en agenda".

Así, Hugo Wast nos lega un libro profético para resguardarnos de esas concesiones cuasi apóstatas, conminándonos a decir y hacer lo que Dios manda. Por eso, la lectura y consulta de la "Autobiografía" es un "retorno a lo esencial" que ilumina los fines y, por lo mismo, endereza los medios. ¡Con hechos que son varones y no palabras que son hembras!, como gustaba decir Gracián.

¡Ay de los que escandalizan a los niños!, ha dicho, terminante, el Señor de los Ejércitos para espanto de los nefandos escandalizadores de ayer y de hoy. Ay de ellos. Mientras tanto, a nosotros sólo nos cabe decir con cristianos bríos: ¡al combate por la vida y a la Vida por Cristo!

- [Preguntas y comentarios al autor](#)

## Don Carlo Gnocchi y la pedagogía del dolor inocente

*Id, Capellán, ayudad a nuestros hijos*

### De capellán castrense a *Padre dei Mutilatini*

Nació Don Carlo Gnocchi en San Colombano al Lambro el 25 de Octubre de 1902. Siendo muy pequeño, apenas cinco años, Carlo perdió a su padre y se trasladó a Milán con su madre y sus dos hermanos, Andrea y Mario, quienes poco después murieron víctimas de la tuberculosis. Apenas unos años más tarde, ingresó al seminario del Cardenal Andrea Ferrari y en 1925 fue ordenado sacerdote del Arzobispo de Milán, Eugenio Tosi.

En 1936 el Cardenal Ildefonso Schuster lo nombró director espiritual de la escuela del prestigioso Instituto Gonzaga de los *Fratelli delle Scuole Cristiane*. Allí, Don Carlo se dedicó profundamente a estudiar y escribir sobre pedagogía, una de sus más grandes preocupaciones. Hacia fines de esa década, el Cardenal Schuster le encomendó la asistencia espiritual de los estudiantes de la Universidad Católica de Milán y en ese puesto lo encontró el inicio de la II Guerra Mundial, hacia la que partieron muchos de sus jóvenes universitarios. Por ello, sin dubitaciones, el P. Gnocchi se enroló como capellán voluntario del batallón alpino Val Tagliamento con el que fue destinado al frente greco albanés. Una vez terminada la Campaña de los Balcanes, Don Carlo partió nuevamente al frente, esta vez a la Rusia desangrada por los rojos, junto a los alpinos de la División Tridentina. Allí comenzó su peregrinar por el dolor y el horror y, al mismo tiempo, su más grande aventura evangélica.

Una oscura y helada noche de enero de 1943 encontró a Don Carlo marchando junto a sus soldados en la dramática retirada del contingente italiano, poco después de ser derrotados por los comunistas. Mientras marchaba daba ánimo a los heridos y ateridos milites hasta que, extenuado por el dolor y vencido por el frío, se dejó caer junto a un grupo de agotados soldados a la vera del helado camino ruso. Poco después, un médico amigo pretendió recogerlo pero él, casi agonizante, se negó a dejar a sus soldados. Mas éstos le dijeron una y otra vez: "Id, Capellán, ayudad a nuestros hijos, amparad a nuestros huérfanos". Estremecido por el pedido, Don Carlo aceptó ser trasladado a un hospital de campaña en el que se recuperó de las heridas del cuerpo. Allí terminó la guerra para él.

Una vez retornado a Italia, comenzó el P. Gnocchi su peregrinación por el Valle Alpino buscando a los huérfanos, en cumplimiento de la palabra empeñada a sus alpinos en Rusia.

En 1945 fue nombrado director del *Istituto Grandi Invalidi de Arosio* donde acogió a los primeros huérfanos de guerra y niños mutilados. De ahí en más, una maravillosa obra coronaría los esfuerzos de nuestro sacerdote. En 1949 obtuvo su primer reconocimiento: el permiso para la fundación de la *Federazione Pro Infanzia Mutilata*. A partir de ese momento comenzó a fundar colegios para los niños mutilados y para los acuciados por la terrible poliomielitis. Sin embargo, al poco tiempo, víctima de un tumor maligno incurable, Don Carlo Gnocchi partió a la Casa del Padre el 28 de febrero de 1956 en Milán. Italia entera se dispuso entonces a darle el último aDios al "padre dei mutilatini".

Treinta años después de su muerte, el Cardenal Carlo María Martini instituyó el Proceso de Beatificación, cuya fase diocesana concluyó en 1991. El 20 de diciembre de 2002, Juan Pablo II lo declaró Venerable. Pocos días antes, el entrañable Papa polaco había dicho de él:

El amor fue el secreto de toda su vida. En cada persona que sufría veía a Cristo crucificado, especialmente cuando se trataba de personas frágiles, pequeñas e indefensas. Comprendió que la luz capaz de dar sentido al dolor inocente de los niños viene del misterio de la cruz. Cada niño mutilado era para él 'una pequeña reliquia de la redención cristiana y un signo que anticipa la gloria pascual'. <sup>31</sup>

## La Teología del dolor

La obra del P. Gnocchi es impresionante pero poco habría de estimársela si no se comprende su sentido último. Ciertamente no fue filantropía lo que lo movió a ocuparse de los niños sufrientes pues para ello hubiese bastado con la acción de las muchas logias masónicas que asolaban, y asolan, a Italia. Providencialmente, nuestro sacerdote no padeció la tara ideológica del progresismo clerical que considera a la Iglesia de Cristo una mera 'agencia social' y, justamente por ello, pudo dar testimonio del valor del dolor de los niños. Testimonio indeleble unido a la Tradición de la Iglesia para ejemplo del mundo.

Y para que no hubiese confusiones respecto de su obra el P. Gnocchi escribió un libro precioso en el que magistralmente conjuga sus dos amores primeros: la enseñanza y la atención de los niños dolientes. De ese modo, el breve "Pedagogía del dolor inocente" resulta ser su obra magna, en la que retoma la Tradición inefable y el Magisterio Auténtico para presentar las razones que deben mover a respetar y, en cierta medida, venerar el carácter salvífico del dolor de los niños. En ese sentido, esta pequeña gran obra es un antecedente de la magnífica Carta Apostólica Salvifici Doloris de Juan Pablo II, en tanto magnífica exposición de la 'teología del dolor'.

Señala Don Gnocchi que la comprensión del dolor de los pequeños es la clave para comprender cualquier dolor y, puesto en esa tarea aprehensiva, concibe el sufrimiento humano en general como parte de una arcana solidaridad que "actúa en sentido vertical y en sentido horizontal, vincula a los miembros con la Cabeza y a todos los miembros entre sí"<sup>32</sup>. Del mismo modo, el Santo Padre, en la Carta citada dice que "aunque el mundo del sufrimiento exista en la dispersión (en forma individual), contiene en sí un singular desafío a la comunión y a la solidaridad"<sup>33</sup>.

Dos fuentes tiene entonces el dolor de niño: sufre en primer término por su condición de hombre, responsable en esencia del pecado original y "por consiguiente implicado en su secular expiación"<sup>34</sup>. He allí su solidaridad vertical.

Pero el niño sufre también, y esta es la base de la solidaridad horizontal, por los pecados y abominaciones cometidas por todos los hombres. Razón ésta, dice Don Carlo, que "debería servir de freno al hombre cada vez que se siente tentado a pecar". Porque lo cierto es que todo está anudado en la vida y "en el cuerpo

social, si hay una circulación ´arterial´ de la verdad y el bien, de la que todos los hombres se benefician, y con frecuencia sin merecerlo, hay también una circulación ´venosa´ del error y del mal, de la que ninguno, por inocente que sea, puede pretender sustraerse"<sup>35</sup> .

Para la primera fuente de sufrimiento, el "remedio" es el óleo y el crisma del Santísimo Sacramento del Bautismo. Para el segundo, vale la reiteración, que los hombres se guarden de pecar convirtiéndose al Bien, la Verdad y la Belleza en tanto aceptación del llamado de Cristo.

Sin embargo, y pese a esta explicación, el hombre se pregunta: "¿Por qué sufre este inocente? ¿Por qué se abaten sobre él las iniquidades de los esbirros del Mal?" ¿Por qué, Señor, no he de ser yo, pecador miserable, quien sufra en vez de esta criatura pura? En la base de estos interrogantes se encuentra el argumento que, como dijera en su día Gilson, más conquistas ha propiciado al ateísmo: "si Dios existe, ¿por qué el mal?" o bien, "si Dios es todo Bondad, ¿por qué permite el sufrimiento inocente?"<sup>36</sup> .

No se trata aquí de ensayar una explicación personal sino de plantear en primer término una *reductio ad mysterium*, esto es, un abandonarse al Misterio en la certeza de que no podemos comprenderlo, no porque sea oscuro sino porque su luz, como decía el P. Alberto Ezcurra, es demasiado deslumbrante para nosotros. Vale decir entonces que el, para nosotros, inextricable misterio de la iniquidad responde a la Divina Providencia y se encuentra lejos de nuestra comprensión mas allá de la fe.

Pero, en obligado segundo término, es preciso decir con Lewis que suele confundirse el amor de Dios con la pura benevolencia. En ese sentido, "deseamos no tanto un padre en los cielos, sino más bien un abuelito; una benevolencia senil (...) cuyo plan para el universo consistiera simplemente en que, al final de cada día, pudiera decirse ´todos lo pasaron bien´"<sup>38</sup> .

Así como nosotros sólo podemos exigir felicidad a cualquier precio para aquellas personas que no nos importan demasiado pero a los que amamos preferimos verlos sufrir que ser felices de un modo deleznable; así también el Amor de Dios, el más profundo, trágico e inexorable, conlleva la dura prueba del sufrimiento, del dolor que tiene el premio de la Visión Beatífica<sup>39</sup> .

No obstante, la respuesta definitiva nos la brinda el Apóstol de los Gentiles cuando dice: "Cumpló en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo" (Col 1, 24). En efecto, la comprensión del dolor inocente se completa y plenifica al advertir que el Cordero de Dios es el arquetipo del sufriente puro e inocentísimo. Alzando nuestra mirada al Varón de Dolores, como proféticamente lo llamara Isaías, nos acercamos al misterio inefable que permite aprehender el porqué del dolor de los niños.

Según señala Santo Tomas, para la remisión total de los pecados del mundo era necesaria tal pureza en la víctima que sólo Dios podía poseerla y por ello envió a su propio Hijo sobre la tierra a morir en la Cruz. Pero para completar el sufrir del Ungido, como enseña San Pablo, es necesaria la más alta contribución que el

hombre puede brindar: el ofrecimiento de las almas que sufren sin el peso de las propias culpas personales, al modo de Nuestro Señor.

En este sentido, el sufrimiento de los niños es análogo al de Cristo en tanto ellos sufren "por la purificación y la salvación de sus hermanos y no en relación y en proporción con las culpas personales propias (...) ni tampoco en la proporción de su corresponsabilidad social, de acuerdo a la Ley de Adán, sino en relación y proporción con la capacidad y pureza de su sacrificio, a los fines de la redención humana, según la sublime Ley de Cristo".

El niño doliente - dice el P. Gnocchi - es un pequeño cordero que purifica y redime <sup>41</sup> .

Es por ello, como dijera Pío XII en su hora, "un sacrificio viviente de la humanidad inocente por la humanidad pecadora". Cada niño mancillado es, en virtud del inefable Misterio, un precioso intercesor y mediador de gracias.

### **La Pedagogía del dolor inocente**

El P. Gnocchi llega al núcleo de su obra cuando advierte que los educadores cristianos, es decir los padres, los sacerdotes y los maestros, deben conocer y aplicar los principios de la "pedagogía sobrenatural del dolor". Tienen el deber de procurar, en cada niño sufriente, la conciencia y el sentido del valor de su dolor. El pequeño ha de reconocer así que el fin último de su pesar es Cristo crucificado que sufre con él y por él por la remisión de los pecados del mundo. Sin esta conciencia debidamente inspirada por los educadores cristianos se produce un "enloquecedor derroche" pues el niño no sabe por qué sufre (una razón más, vale agregar, para resistir el avance destructivo del laicismo anticristiano en nuestras escuelas). Si los pequeños no alcanzan esta conciencia, nos dice Don Carlo, "se priva a Cristo y a la Iglesia del tesoro insustituible y precioso del dolor infantil". En efecto, de toda esa masa de dolor inocente, "¿qué parte ha ido a Cristo y a la humanidad? ¿Y qué parte se ha perdido, porque ninguno se preocupó de encauzarla adecuadamente hacia su meta natural, que es Cristo" <sup>42</sup> .

Por ello, una de las tragedias del pensamiento moderno, y de la pedagogía en él impregnada, es *la pretensión de erradicar el dolor*<sup>43</sup> lo cual, atento a la explicación que hasta aquí propiciamos, redundando en un virtual anticristianismo en tanto es la negación de compartir el dolor sufrido por el Ungido.

En el mismo sentido, esta pedagogía del dolor se encuentra en las antípodas del prejuicio iluminista acerca de la educación, cuyo prototipo es el Emilio de Rousseau, que sostiene que los niños no están preparados para comprender y vivir estas verdades delicadas de la vida sobrenatural. Por el contrario, el cristiano sabe que la infancia es la edad de "la relación directa con Dios, de 'experiencia' de lo sobrenatural (...) la edad en la que las más altas verdades de la comunión de los Santos son intuitas, creídas y practicadas casi por

instinto"<sup>44</sup> . Es lo que bellamente enseña Anzoátegui al expresar que "nada está tan cerca de la divinidad como la niñez, que es la humanidad recién salida de la divinidad"<sup>45</sup> .

Pero, la casi siempre impertérrita desatención hacia las "cosas del Cielo" suele impedir a los hombres advertir el enorme valor de tesoros espirituales como éste, escondido en las almas de los inocentes. Frente a este descreimiento, la pedagogía cristiana del dolor "tiende sobre todo a enseñar prácticamente a los niños que no se debe conservar el dolor para sí, sino que hay que ofrecerlo a los otros, que el dolor tiene gran poder sobre el corazón de Dios y que es necesario aprovecharlo para beneficio de muchos"<sup>46</sup> .

Y, finalmente, el culmen de la comprensión de dolor inocente adquiere su sentido más profundo y pleno en el Sacrificio eucarístico. "En la Misa diaria - dice Don Gnocchi - el Río de la Sangre Divina se enriquece por la confluencia del dolor humano y es en el río divino donde cada gota de sufrimiento y de llanto adquiere valor sobrenatural de redención y de gracia"<sup>47</sup> .

Es cierto que nuestro sacerdote, testigo inmediato de la orfandad, enfermedad y mutilación de los niños, dedica poca atención al sufrimiento moral de los mismos. Pero es verdad también que vivió en una época signada por la guerra y en la que todavía no se vislumbraban los oscuros contornos de la Cultura de la Muerte. Hoy, el "dolor del alma" de los pequeños es cosa cotidiana, asediados como están por quienes con escarnio e irrisión los hacen objeto de las más terribles atrocidades. Don Gnocchi no llegó a conocer la prostitución infantil institucionalizada, el aborto considerado como derecho humano, la difundida condición de "huérfanos de padres vivos"<sup>48</sup> o de hijos de padres separados, la ideología de género embebiendo toda perversa educación sexual. No alcanzó a ver, ¡feliz de él!, la retorcida pretensión destructiva de los "defensores de los derechos de los niños" que ocupan sitios de honor en los organismos internacionales, ni escuchó los argumentos a favor de la eutanasia de los niños enfermos, bajo pretexto de "no hacerlos sufrir". Valga esto de excusa suficiente para algunas omisiones, que hoy en día resultarían del todo inadmisibles.

## **El Buen Combate por los niños dolientes**

Gran error se comete si de lo antedicho se colige la pasividad ante el sufrimiento de los niños. La necesidad de adquirir el sentido de la sublime teología del dolor y su consecuente pedagogía, no invalida en absoluto el hecho de combatir la iniquidad del "mundo" hacia los que sufren, especialmente contra los débiles e inocentes.

Lo sostiene con vigor el Santo Padre al advertir que "el Evangelio es la negación de la pasividad ante el sufrimiento"<sup>49</sup> . Nada puede, ni debe, abolir nuestra pena cuando asistimos a la visión de un niño mancillado en su pureza, vulnerado en su inocencia.

Y lo ha dicho el Señor a los justos que piadosamente acunaron a los párvulos: "Todo lo que hicieris a uno de mis pequeños, a Mi me lo hacéis" (Mt 10,42). Pero también sentenció a los impíos que los avasallaron:

"En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo" (Mt 25,45).

Ante esto, lo primero es saber que estamos obligados por la fe a reconocer el dolor en todas sus formas en un medio social que falazmente lo oculta. En efecto, el Mundo se esfuerza por ocultar la realidad del dolor con la promesa de un mundo indolente lo cual redundaría en una concreta insensibilidad en la conciencia para atender el dolor real<sup>50</sup>. Por el contrario, el cristiano se reconoce "ciudadano del Cielo" (Flp 3,20) y "extranjero" en el mundo (1 Pe 2, 11), y sabe que la muerte es el paso a la Vida por lo que no cae en el desespero por el dolor mundano.

Por eso, supuesto el reconocimiento ineludible de la existencia del dolor, es menester revestirse de la verdadera *com-passión* que no es ya el dolerse con el otro sino el dolerse por el otro de forma tal que pueda reflejarse al menos en parte el Amor misericordioso de Cristo, quien sufrió la pena que el hombre debería sufrir y no sufre<sup>51</sup>.

Pero nada de esto obsta para el apremio del combate contra los que infligen el dolor físico y moral a niños. Son sus enemigos, y por ello lo son de la Iglesia y de Cristo mismo. Esto se patentiza en la imagen que nos presenta la beata Ana Catalina Emmerick en su visión de los padecimientos del Niño Jesús: "He visto en el seno de María una gloria y en ella un Niño resplandeciente. Vi crecer al niño y que se consumaban en Él todos los tormentos de la crucifixión. ¡Que triste y horrible espectáculo! Yo lloraba y suspiraba en voz alta. Lo vi golpeado, coronado de espinas, puesto y clavado en la cruz, herido en su costado, *vi toda la Pasión de Cristo en el Niño*"<sup>52</sup>.

Ante esto, debemos reconocer que el Buen Combate que ha de librarse es ante todo interior, para evitar que los párvulos sufran por la remisión de nuestras miserias. Pero es también exterior pues se trata, como dice Juan Pablo II, de "la terrible batalla entre las fuerzas del bien y del mal que nos presenta el mundo contemporáneo"<sup>53</sup>. Por ello, y se nos disculpará lo atrevido de la afirmación, restaurar los verdaderos derechos (naturales y sobrenaturales) de los niños es restaurar los derechos de Cristo Rey. Es, en definitiva, iniciar el tránsito por el arduo pero providencial sendero hacia la Restauración de Cristo en todas las cosas.

¿Cómo comenzar? Hagamos lo que nos ordena el P. Gnocchi: todas las mañanas besemos el corazón de nuestros pequeños para reconocer allí la Santísima Trinidad presente y operante.

- [Preguntas y comentarios al autor](#)

**Chesterton y lo que está mal en el mundo**

G.K. Chesterton

### ¿Presentando a Chesterton?

Y es que Chesterton no necesita ser presentado o, al menos, no merece la pobre exposición que de su vida y obra podríamos hacer. Por ello, omitidas las referencias biográficas, fácilmente asequibles a quien desee informarse, recurrimos a voces autorizadas que nos brindan una imagen acerca de quien fue Chesterton.

Sabemos que Inglaterra fue la patria de nuestro autor y que él, al igual que nuestro Castellani, sufrió por su causa y combatió lo peor de ella. En ese sentido, como señala Allegri, no trepidó en oponerse a la Inglaterra Imperialista en favor de la nación inglesa. Es lo que tanto se vislumbra en su férrea resistencia a la destrucción de Irlanda (cuya cristiana insurrección considera fundada en la razón y en la justicia<sup>54</sup> y de la colonización británica durante la Guerra de los Boérs<sup>44</sup>, como en su permanente oposición a la farisaica moral victoriana. Y pudo hacerlo, según él mismo nos lo dice, merced a su conversión a la Iglesia Católica "que es la única que salva al hombre de la degradante esclavitud de ser un hijo de su época"<sup>56</sup>.

Sabemos además que Chesterton jamás pasó por la Universidad, de lo que podría deducirse, sino su genialidad, al menos la temprana manifestación de la misma, al estar liberado su espíritu de las muchas trabas que suele poner la ideologizada educación formal. Mas pocos como él resultaron tan auténtica y vastamente doctos, en una época en la que prima el espíritu de lo que Ortega atinadamente denominó la "barbarie del especialismo".

Y sabemos también que, por obra y gracia de la divina paradoja, no tuvo hijos con su amada Frances. Él, que supo reclamar a los hombres que aún habiendo "descubierto el secreto de los ángeles, lo mejor y más útil que hacer podría sería volver aquí a jugar con chiquillos"<sup>57</sup>. Él, que le robaba horas al día para jugar con los niños como uno más, no tuvo el don de la paternidad. Quizás el Señor lo hizo carecer de ese bien precioso para utilizarlo como instrumento poderoso contra los escandalizadores, para que nosotros pudiéramos comprender la naturaleza y las consecuencias del escándalo a través de sus páginas. Porque Chesterton fue, entre sus muchas virtudes, un caballero montado en defensa de los débiles y, especialmente, de los niños.

En un bello libro, Miguel Ayuso distingue algunas de las cualidades que hicieron de Chesterton un caballero andante: gusto por la lucha, cultivo de los bienes no racionalizables, amor a la gratuidad de la vida, gusto por el misterio, piedad, amor al débil, fidelidad a la palabra empeñada<sup>58</sup>.

En efecto, Chesterton explicita el estro caballeresco en cada página y se hace por ello acreedor de la magistral imagen que Ercilla estampó en su cantar de gesta: "en él se resumió la guerra". Porque su vida, fiel a la sentencia de Job, fue verdadera milicia.

"La espada proporciona belleza a las cosas - dice nuestro autor en El Napoleón de Notting Hill -; es la espada la que ha hecho novelesco al universo". Pues siempre hay causas por la que se debe desenvainar la espada. Y justamente encarnando ese caballeresco ideal, nuestro autor combatió solo, aún cuando tuviera compañía. Su arrojo e intrepidez se impusieron en la lucha cuerpo a cuerpo con el auxilio de la tizona hecha palabra, la armadura de la paradoja y el pendón de la Verdad. Y todo con la proximidad, siempre preservada, de camaradas de armas de la envergadura del también insigne Hilaire Belloc.

Como la emboscada no es admisible para el caballero, por deshonrosa, Chesterton siempre combatió de frente, con la alegría señera que le permitió cosechar respeto aún entre los enemigos. Y, por lo mismo, es evidente que no cayó en la trampa fácil de los cristianos mistongos, la de creer que "amar al enemigo" es ceder en la claudicación constante del Buen Combate. El verdadero enemigo, el hostis, es el que impide nuestra salvación, el que busca la condenación de las almas, especialmente de las más inocentes. Por eso, amar a los enemigos en tanto que enemigos resulta un absurdo insostenible, pues se debe amar al hombre que existe en el enemigo, al ser capax Dei que se esconde detrás de los vicios y los ataques a los débiles, pero no porque es un enemigo. Al enemigo, en tanto que enemigo, es deber supremo combatirlo.

Pocos como Chesterton - dice Caponnetto - han hecho la radiografía exacta del pacifista y de la sociedad enferma de falsa moderación, que considera perturbadores y locos a los que están dispuestos a combatir los únicos combates legítimos: los que se libran por Dios y la Patria, por los altares y los hogares, por la sagrada tradición y los dogmas incontrovertibles, por los misterios que están más allá de la razón y las realidades celestes que hacen inteligibles y dignas las terrenas <sup>59</sup> .

Asimismo, y como cuadra a todo pensador católico, el rasgo principal de Chesterton fue su realismo. Es lo que señala Allegri en el precioso libro que venimos citando al decir que "el primer y gran martirio de GKCh fue precisamente dar testimonio de la existencia"<sup>60</sup> . Y si lo hizo fue sobre todo con el recurso de la paradoja que es, según el propio Chesterton, "la verdad puesta cabeza abajo para llamar la atención".

*Hacer pequeñas las cosas grandes y gigantes las pequeñas cosas*, tal parece ser la consigna rectora de nuestro autor. Porque Chesterton supo que Dios es grande en lo pequeño, *Deus in minimus maximus*. Es claro que entendemos aquí la *pequeñez*, "no como resultado de una *comparación (con un supuesto más o menos grande)* sino como adelanto en un desapego de lo que no es Dios. Es, en suma, ser hijo, totalmente hijo, en el Único Hijo, Jesucristo, recibiendo su Vida por el Espíritu Santo"<sup>61</sup> .

Tempranamente comprendió esto nuestro autor y se dispuso a enseñar al hombre común la grandeza de las cosas pequeñas. Para él, como señala Allegri, "la sola existencia de las cosas acentúa el misterio, y el conocimiento de las cosas - con su trasfondo misterioso - produce el asombro, el deslumbramiento" <sup>62</sup> .

Chesterton nos enseña que es necesario ver la Creación como algo pequeño, para ver las cosas al modo de Dios. Pero, al mismo tiempo, exige que lo pequeño, lo cotidiano y aparentemente insignificante, sea visto como fantástico y enorme. "Todo pasará, - nos dice- sólo quedará el asombro y sobre todo el asombro ante

las cosas cotidianas". Es lo que Syme, que es decir Chesterton, perentoriamente le enseña al pseudopoeta anarquista en *El Hombre que fue jueves*, cuando le dice "guárdese usted su Byron, que conmemora las derrotas de los hombres, que yo derramaré lágrimas de orgullo leyendo el horario de los ferrocarriles" <sup>63</sup>. Esta noción chestertoniana, resulta tan central que, si de todo este trabajo fuese lo único que quedara en claro, bien por satisfechos nos daríamos, sobre todo porque resulta difícil no hacer un paralelismo con los niños, esas "cosas" pequeñas que se nos ponen delante y que, mirados con los ojos del alma, resultan más grandes que la galaxia entera.

A la hora de terminar esta breve "introducción" a Chesterton viene en nuestro auxilio el P. Castellani al decir que "fue todo un hombre, tuvo por junto todo lo que es del hombre: la sabiduría del anciano, la cordura del varón, la combativa del joven, la petulancia del muchacho, la risa y la juguetonía del niño, y encima, como dije antes, la mirada asombrada y seria, definiendo todas las cosas, del bebé. La mirada ontológica del recién nacido, de quien dice Santo Tomás que lo primero que intelectualmente ve es el Ser" <sup>64</sup>. Así, mediante el pensar rector de nuestro egregio jesuita, nos aproximamos al corazón de la 'catequesis' chestertoniana: el hacer nuevas todas las cosas, al modo del Divino Maestro.

### La educación que escandaliza

Al plantear la importancia de la escuela en general y de la escuela católica en particular, Chesterton demuestra que todo el problema escolar se limita a la creación de una *atmósfera católica*, que lo impregne todo sin excepción, de modo que "hasta el alfabeto pueda ser aprendido de un modo católico" <sup>65</sup>.

En otros términos, pero afirmando lo mismo, el P. Sáenz ha señalado que la escuela tiene dos caminos, o abrirse al orden sobrenatural o cerrarse sobre sí misma. Si elige el segundo, ha de tornarse un antro de perdición para los niños y jóvenes que la frecuenten, pero si opta por el primero, es decir, por ser una escuela católica, no puede menos que evangelizar en cada materia, en cada disciplina que allí se dicte. En tal sentido, puede decirse con el P. Sáenz, que todas las materias "constituyen una especie de preparación evangélica, ya que el auténtico desarrollo de la naturaleza es una especie de preparación para la gracia" <sup>67</sup>.

Sin embargo, muy otro es el cuadro que presenta hoy la escuela en general y, lamentablemente mucho más, la escuela católica. Refiriéndonos al tema en otro lugar nos ocupamos de la influencia del pecado de la acedia en el educador católico y los males que de ello resultan <sup>68</sup>. A partir de allí, y bien miradas las cosas, resulta claro que la caída en la acedia comporta la pérdida de la atmósfera católica que Chesterton reclama.

En efecto, el pecado capital de la acedia promueve el *escándalo de la verdad* porque el acédico aborrece el testimonio y se sumerge por ello en el lodazal de lo pedagógicamente correcto. Y, por lo mismo, la patología espiritual que es la acedia, está asociada a la persecución pues escarnece al testigo, a aquél que testimonia la Verdad. Del mismo modo, se evidencia la falta de caridad, pues no otra cosa es el negar la Verdad al otro, el "condenarlo" a vivir en el error. Y también la destrucción del silencio por el ruido, la pasión por la "novedad" y la tantas veces señalada ruina del ocio contemplativo <sup>69</sup>. Pero quizás la mayor manifestación de la corrupción del templo que es la escuela, sea la pérdida del sentido del rito y de la Ciudad, esto es, la

disolución del sentido de la Iglesia y de la Patria y de la familia, en tanto religaciones esenciales de la persona. Es que, roto este triple vínculo filial, sólo queda el derrumbe.

Por eso, es menester obligado el restaurar estas realidades en las que la devoción de los hombres a los padres, la Iglesia y la Patria se haga efectiva. Hay que ambicionar un mundo no mundano en el que esté presente el misterio constante, aquél que produce horror en los modernos.

La peor y más miserable especie de idiota es aquel que cree haberlo creado y contenerlo todo. El hombre es un ser viviente; toda su felicidad consiste en esto; o, como la Voz Suprema nos manda, en convertirnos en un chiquillo. Todo su goce consiste en recibir un regalo o presente que él, chiquillo, valora con profunda comprensión porque es una "sorpresa". Pero sorpresa impropia, algo que procede de fuera de nosotros; y gratitud, lo que viene de alguien ajeno a nosotros mismos .

Es necesario entonces sentirse contenidos (contentos) por todo lo que es más grande que nosotros, todo aquello a lo que nos debemos. Sólo Aquel que nos creó puede darnos la humildad para apacentarnos en El y, por ello, la verdadera enseñanza es aquella en la que el niño aprende a reconocer el misterio de ser hijo. Así, al llegar a la edad de la vida en la que poseerá la doble condición de hijo y padre, podrá exclamar aquellas palabras que Chesterton alegremente enseña: "El olor de mi hijo es como el olor de un campo que el Señor ha bendecido"<sup>71</sup> .

La educación contemporánea resulta diametralmente opuesta a tal expectativa de modo tal que, en vez de reconocerse como hijo, al alumno de hoy se le enseña a mirarse a sí mismo, en un proceso de "mismificación" inacabable que lo pone como única referencia. Como resultado de esta educación ultrasubjetivista, se pierde la noción de una normativa objetiva y, por ende, del Orden Superior al que todo hombre debe ajustarse. Es ésta una educación en la que el maestro omite la transmisión de la verdad y se convierte, y aquí citamos a Lewis, en un programador o condicionador dedicado a colaborar en la mera adaptación del niño o joven al entorno<sup>72</sup> .

Y, muy a propósito, aparece en todo su esplendor el realismo chestertoniano, cuando nuestro autor indica que [la] "educación debiera ser un proyecto que se da a un hombre para explorarlo todo, pero en especial las cosas más distantes de él mismo". Sin embargo, la educación actual "tiende a ser una luz concentrada que ilumina sólo al hombre mismo. Puede lograrse algún progreso si volvemos concentradas, igualmente eficaces y tal vez vulgares, sobre un gran número de personas. Pero la única cura final es apagar las luces y dejar que el hombre descubra las estrellas"<sup>73</sup> .

### **"Lo que está mal en el mundo"**

En "Lo que está mal en el mundo" Chesterton trata el tema de la familia en tanto fundamento de la sociedad

que es, por tanto, un solo ayuntamiento de familias. En esa obra magnífica, nuestro autor desentraña los errores modernos acerca de la familia dividiéndolos del siguiente modo: *el imperialismo o el error acerca del hombre; el feminismo, o el error acerca de la mujer y la Educación, o el error acerca del niño.*

Como señala Alberto Lago Freire, el tema de la infancia en Chesterton nunca fue una referencia de ocasión, ni un "ademán intelectual para cosechar fáciles simpatías"<sup>74</sup>. La fascinación de Chesterton por los niños se centra en la capacidad de éstos de vivir en perplejidad pues "el niño no necesita de innovaciones (...) no se cansa de lo que lo rodea, de lo que es, porque siempre está dispuesto a situarse al comienzo de todo. Repite sus juegos y en su voz se reitera permanentemente su 'otra vez'"<sup>75</sup>.

¿Qué es entonces, desde esta singular perspectiva chestertoniana, "lo que está mal en el mundo"? Es esencial comprender que Chesterton, al señalar lo que está mal, no se deshace en abstrusos retruécanos ideológicos. No. Lo que está mal es la concepción acerca de lo que el hombre es y esto es así porque se sufren las consecuencias del gran Error ontológico: aquél que niega la condición creatural del hombre, lo reduce a pura animalidad y lo condena a vivir como si Dios no existiera. En ese sentido, en estas páginas chestertonianas se reproduce el fulgor de la famosa frase de Dostoievsky: "Si Dios no existe, ¡todo está permitido!". Ante eso, lo que está mal en el mundo, dice Chesterton, es "que no nos preguntamos en qué consiste el Bien".

Porque la victoria del enemigo, efímera pero no por ello menos cierta, es que ha logrado trocar el sentido de lo que "está bien". Es lo que enseña el Evangelio al afirmar que "los hijos de las tinieblas son más astutos en su trato con los otros que los hijos de la luz" (Lc. 16,8).

Ante ello, y en lo que a la niñez respecta, ¿en qué consiste el bien para el mundo? En plan de breve repaso basta dar una ojeada a lo que hoy proponen los cultores del escándalo como summum de lo que el niño "necesita". La des - ligación con Dios y la Iglesia como una "opción". La pérdida del sentido de la Patria. La precocidad exasperada y estulta. La sexualidad infantil y adolescente, mientras exista "sexo seguro". La ruptura con toda forma de autoridad. La anulación de la responsabilidad del niño. Que un niño sea adoptado por homosexuales aparejados. Que se declamen los derechos del niño y se los convierta en declamadores insensatos de los mismos. Que los niños pierdan el sentido del misterio, que lo sepan todo, que se les asesine la inocencia.

Ante este cuadro tremebundo, ¿que padre de hoy no siente el corazón estrujado por lo que el mundo ofrece a sus pequeños? ¿Qué padre no recuerda entonces aquellos diamantinos versos de Bernárdez, dirigidos al Niño y, por lo tanto, a cada niño?:

Al pensar en los años  
Que te esperan, Dios mío,  
Con dos leños cruzados  
Al final del camino,  
Tengo miedo del tiempo,

Y quiero interrumpirlo,  
Con ansias de que seas  
Eternamente niño <sup>76</sup>

Del mismo modo, Chesterton, que no vio todo esto pero que supo profetizarlo, enseña que "hay más de un modo de cometer infanticidios y uno de ellos es asesinar a la infancia sin asesinar al infante". Y, sin exageraciones, habida cuenta de la situación que aquí someramente presentamos, hoy somos estupefactos testigos de un infanticidio sin precedentes.

Todo esto es posible merced a la inversión del orden natural que, con sus horribles consecuencias, sienta sus bases en la revolución, la Sublevación que tanto despreció nuestro autor. Y lo ratifica una vez más en *El hombre que fue jueves*:

¿Y que hay de poético en la sublevación? Ya podía usted decir que es muy poético estar mareado. La enfermedad es una sublevación. Enfermar o sublevarse puede ser la única salida en situaciones desesperadas; pero que me cuelguen si es cosa poética. En principio, la sublevación verdaderamente subleva, y no es más que un vómito <sup>78</sup> .

La Revolución es obra del Primer Rebelde, del que ha vociferado el non serviam y se empeña en evitar la salvación de los hombres. Bien sabe Satán, puesto que de él hablamos, que la destrucción del hombre empieza por la destrucción de la familia y que, después de eso, sólo resta echar a andar la maquinaria. Como dice Chesterton, el vínculo entre padre, madre e hijo es indestructible pero puede destruir a las Ciudades que lo menosprecien <sup>79</sup> .

Vale concluir este escrito con unas palabras de Chesterton sobre los niños, de altísima belleza, que explicitan bien lo que aquí hemos querido decir:

Hace poco algunos doctores, a quienes la ley permite dictar órdenes a sus más andrajosos conciudadanos, expidieron un decreto acerca de que debía cortarse el pelo a todas las niñas pobres. Alegaban que los padres viven amontonados de tal modo que no se puede permitir que las niñas tengan el pelo largo por temor a los piojos. Por consiguiente, los doctores propusieron abolir el pelo; nunca se les ocurrió abolir los piojos (...) Ahora bien, el objeto y propósito de éstas últimas páginas es proclamar que debemos comenzar completamente de nuevo y por el otro extremo. Yo comienzo con el pelo de una niña. Todo lo demás puede ser malo, pero sé que esto cuando menos, es bueno. Lo que se oponga a ello debe derrumbarse. Si el propietario y la ley y la ciencia están en contra del pelo de la niña, el propietario y la ley y la ciencia deben derrumbarse.

Con el rojo pelo de una chiquilla del arroyo yo incendiaré la civilización moderna (...) nadie mutilará ni tocará a esa rapazuela (...) no, todos los reinos de la tierra serán hendidos y rajados en su bien. Las columnas de la sociedad se estremecerán y los techos seculares vendrán abajo en ruinas y a la niña no se le tocará un cabello de su cabeza <sup>80</sup> .

Y no queremos, ni podemos, terminar sin antes adherir a la promesa chestertoniana, a cada palabra, a cada advertencia, y comprometer nuestro humilde empeño de combatir en toda ocasión, oportuna o no, la abominación del escándalo de la niñez. A ello nos consagramos, junto a Chesterton, que reza este poema junto al Niño para interceder por nosotros:

Andemos humildemente; los cielos son humildes  
Y la Estrella es baja, grande y ardiente;  
El pesebre está tan cerca  
Que podríamos extraviarnos lejos de él.  
¡Oid! La risa despierta como un león  
Y ruge sobre la llanura que resuena;  
el cielo entero grita y se estremece,  
porque Dios mismo ha nacido de nuevo,  
y nosotros somos niños que andan  
A través de la nieve y de la lluvia.

- [Preguntas y comentarios al autor](#)

#### **La niñez, "víctima ritual", según el P. Castellani**

*Una niña, en fin, para cantarla*

*Solamente desde el Cielo*

*O para llorarla como la llora*

*Piadosamente mi corazón desde la tierra*

*Rafael Jijena Sánchez*

#### **El P. Leonardo Castellani y la Argentina fantasmagórica**

Guiados por las múltiples memorias de su vida, podemos decir que el P. Leonardo Castellani Conte Pomi nació en el Chaco Santafesino en el año del Señor de 1889. A los trece ingresó al Colegio jesuita de la Inmaculada, también en Santa Fe y en 1918 la Compañía de Jesús le franqueó las puertas que ingratamente un día, mucho después, le cerraría.

Inicia los cursos de teología en Villa Devoto pero sus superiores, atentos a las cualidades sobresalientes del joven seminarista, lo envían a Roma para continuar sus estudios en la Universidad Gregoriana. En la Ciudad Eterna es ordenado sacerdote en 1930.

Concluida su etapa europea, en 1935, nuestro jesuita volvió a La Argentina dos veces doctorado y con la dignidad de Doctor Sacro Universal, con la cual la Iglesia no distingue más que uno por centuria. A pesar de eso o, quizás por eso, no tardó en hallar en los fariseos de siempre la cruel persecución que lo atosigó hasta enfermarlo. Así lo señala en doloridos versos:

Por no poder sufrir el ser mediocre  
Y el delito de no tener dos caras,  
Al volver a mi tierra color ocre  
Fui castigado con torturas raras. <sup>82</sup>

En efecto, los años transcurridos entre 1946 y 1949 resultan penosos para nuestro autor que, luego de una serie de infortunados e injustos episodios, fue expulsado de la Compañía de Jesús hasta el año 1966 en el que el nuncio apostólico le restituyó plenamente el ministerio sacerdotal que tenía restringido. Ha pasado mucho tiempo de dolorosas persecuciones, con la salud física deteriorada por tanta iniquidad y el alma encallecida por la traición de los que, por vocación y justicia, debieron haberle defendido. Así, muchas veces a solas en la multitud, pudo decir como Saint Exupéry: "mis verdaderos compañeros son los que se prosternan conmigo en la plegaria".

El Padre Leonardo Castellani amó a La Argentina y lo hizo de un modo que, después de él, no ha habido parangón amoroso tal. La amó con el dolor de todo argentino biennacido y quizá por eso hoy otro hidalgo le pide la intercesión "desde esta soledad cimarrona y cetrina, Ruega al Padre que salve del diluvio a la Iglesia, Pide al Hijo que reine en la Patria argentina"<sup>83</sup>.

Amó Castellani a nuestra Patria tanto como a Cristo y Su Iglesia. Y así lo explicita cuando poéticamente canta:

Amar a la Patria es el amor primero  
Y es el postrero amor después de Dios;  
Y si es crucificado y verdadero,  
Ya son un solo amor, ya no son dos <sup>84</sup>

Pero su amor no fue la pasión sensual del sentimentalismo sino el querer crítico del que quiere bien y señala por eso los errores y defectos del ser amado. Porque sino, ¿qué clase de amor es dejar al amado en la oscuridad del error o el pecado? Lo ha dicho, con resonancias joseantonianas, ese otro prohombre de la Patria que fue el Padre Alberto Ignacio Ezcurra: "Castellani amó su Patria porque le dolía " y por eso la criticó, no para destruirla sino para verla resplandecer. También en él se dio la paradoja chestertoniana, la de sentirse orgulloso de ser argentino pero no de La Argentina.

Por lo dicho, para el que viene leyendo a nuestro jesuita, no son extrañas las páginas en las que lanza mordaces palabras sobre el acontecer patrio, atento siempre a las contingencias dolorosas. Sin embargo, el estilo de Castellani, como el de Chesterton, fue el del buen humor, la chanza siempre pronta, la intrepidez que sin ser procaz hizo fruncir el ceño al fariseo siempre listo a denostarlo.

Pero hay momentos en los que Castellani deja el sendero de la genial ironía y el pronto buen humor, para reemplazarlos por un verbo acerado por el dolor y la indignación. Entonces su estilo, trocado por la aflicción, se torna cáustico y mortal, su palabra se convierte en tizona repartiendo mandoblazos a diestra y siniestra, en la cruel lid que sabe perdida de antemano pero que no puede ni quiere dejar de lidiar. Son los momentos en los que aparece la Argentina fantasmagórica, los del desorden en todas sus formas y, muy especialmente, en la forma diabólica del escándalo de los niños.

Lo cierto es que, si no caben dudas acerca de que Castellani es un autor "católico", en tanto universal, tampoco puede haberlas en el hecho de que escribió "en argentino" y para argentinos. Le escribí a sus compatriotas para que saliesen de la Argentina fantasmagórica, afligida por una peculiar locura social que afecta a los habitantes del patrio suelo de muy diversas maneras, ora por la ceguera, ora por la sordera y casi siempre por la confusión.

### El escándalo de la "leche adulterada"

Al promediar *Las Canciones de Militis*, Castellani nos muestra los males que siguen a la manipulación de la educación. Señala entonces que se puede tolerar que se adultere el whisky, "pero que no adulteren la leche"<sup>85</sup>. Y advertimos entonces que, como todo en la obra de nuestro jesuita, hasta las más simples expresiones encuentran raíz profunda en la Palabra de Dios. En este caso, en la Primera Carta del Apóstol San Pedro, quien dice:

Así pues, habiéndoos despojado de toda malicia y de todo engaño, de hipocresías, envidias y de toda suerte de maledicencias, *apeteced, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada*, para que con ella crezcáis hacia la salvación, si es que habéis gustado qué bueno es el Señor. (1 Pedro 2, 1-2)

Además de la referencia a la infancia espiritual, sobre la que volveremos<sup>86</sup>, es esencial destacar que el Primer Pontífice remite a la leche espiritual como aquella de la cual hemos de alimentarnos con el fin de obtener la Gracia santificante. Es la Palabra de Dios y es la Eucaristía y son los sacramentos que, como medios de salvación, han de ser preservados celosamente por el bien de las almas. De ahí que ante la caída de un pastor, por humanamente comprensible que sea, resulte tan grave y urgente la consiguiente reparación. Algo que, lamentablemente, no ha abundado en La Argentina de estos tiempos.

Los niños son víctimas cuando se siembra en ellos la duda (¡Ay del que haga dudar a un niño!). Y esto es lo que sistemáticamente realiza la educación actual: poner en duda absolutamente todo, de tal modo que lo único que pueda afirmarse es que nada es verdad.

"De aquellos polvos, estos lodos". Los males que Castellani vio otrora, devienen ahora en mayores perjuicios pues, ¿cómo se adultera la leche hoy?, es decir, ¿en qué consiste la deformación en la escuela? En primer término señala Castellani el mal de la monopolización estatal de la enseñanza que es, sin más, una violación del derecho natural:

El Estado no está hecho para ser pedagogo, sino para hacer marchar derecho a los pedagogos, lo mismo que a todos los demás oficios particulares, los cuales no debería tratar de ejercer por sí mismo, a no ser en función extraordinaria y supletoria. Su misión es general y su objeto formal no es ni la Ciencia ni la Cultura ni el Saber, sino el Orden y la Justicia" .

Cuando nuestro jesuita escribía estas palabras se asomaba en La Argentina un halo de luz, un pequeño asomo de esperanza, pues la Revolución del '43 había designado como ministro de Instrucción Pública al inefable Hugo Wast que, a poco de asumir, restauró la educación religiosa en el país. Pero la esperanza sería efímera y hoy, entre nosotros, la pretensión monopólica del Estado en materia educativa, y en otras muchas, es un hecho objetivo e innegable. Así las cosas, los niños 'pertenecen al Estado' que se arroga a sí mismo el derecho de 'formarlos' atentando de esta manera con lo sostenido por el Derecho Natural que se verifica en toda la secular tradición filosófica de Occidente que "se alza unánimemente contra la absorción por el Estado de los derechos y deberes primordiales y directos de los padres hacia los hijos".

En parte, lo sostenido por Castellani, es lo que desde Pío XII recibe el nombre de Principio de Subsidiaridad (aunque es una noción clásica en la recta doctrina), que hoy tanto se menta pero tan poco se comprende pues nadie "le pone el cascabel al gato" ni denuncia como corresponde la intromisión totalitaria del Estado en materia de enseñanza y en otras muchas<sup>88</sup> .

Lo cierto es que nunca como hoy el Estado y sus agentes ha sido tan duramente criticado pero, al mismo tiempo, jamás ha tenido tantas atribuciones en la vida de las personas y las familias. Lo ha dicho hasta el cansancio Juan Pablo II, sin que haya sido debidamente escuchado, por lo que bien vale recordar sus palabras en la encíclica *Evangelium vitae*, en la que deja constancia del camino totalitario de la democracia liberal a partir del cual "el Estado deja de ser la 'casa común' (...) y se transforma en un Estado tirano"<sup>89</sup> .

Y la tiranía del Estado no se ve menos en lo que a la enseñanza respecta, y este es un "error contranatura que se paga caro", como dice Castellani. Basta pensar, por caso, en las tropelías ideológicas de los cultores de la muerte que profundizan el desquicio educativo con la imposición de la mentada teoría de género y la ideología homosexualista. Así, y esto sólo a modo de ejemplo, se trata de "derribar los estereotipos desesencializando la naturaleza del varón y la mujer" y retorcer el espíritu infantil con nociones satánicas como la de los "intersexos", demoliendo sus certezas acerca de la familia y un largo, larguísimo, etcétera<sup>90</sup> .

Pero si esto es posible, si el Estado tiránico es capaz de violentar impunemente a la infancia, es porque antes ha sido desnaturalizada la escuela y el propio carácter vocacional de maestros y profesores. Y ésta es la segunda cuestión que largamente trata Castellani. En efecto, en decenas de sus artículos periodísticos y varios de sus libros, nuestro autor desmenuza agriamente el proceso de descomposición de los educadores argentinos que, por otro lado, está directamente asociada al monopolio estatal de la educación, pues

maestros y profesores son formados en los cánones educativos pergeñados por los ideólogos al servicio del Régimen.

La Argentina tiene más profesores que soldados.  
Eso sí casi todos están desocupados.  
Y de los ocupados la mitad son judíos,  
Con gran ardor consagrados a educar a nuestros críos.  
En la Escuela Normal les enseñamos esto:  
Primero Pedagogía y después a encontrar puesto.  
Y luego es su oficio el enseñar a leer bien o mal,  
Por medio de escuela activa y de enseñanza sexual. <sup>91</sup>

La síntesis de lo aquí esbozado llega en palabras del propio Castellani que se empeña en demostrar la injusticia que representa el hecho de que el Estado se adjudique no sólo el papel de pedagogo, sino también el de 'propietario' de los niños que les son confiados.

Quien quiera cambiar la enseñanza - dice Castellani - ha de empezar por conformar su acción a esos dos teoremas del Derecho Natural que adjudican al padre antes que a nadie la 'persona' del menor; y que adjudican al que posee un saber, la potestad (física y, por ende, también jurídica) de impartirlo. Aquí yace el irrespeto a la naturaleza de las cosas de aquél que adjudica ambas potestades a la política <sup>92</sup> .

Ante la destrucción de la educación argentina de hoy sólo queda la sobrenatural esperanza y si es cierto que cada padre, y también cada verdadero maestro, ha de combatir para que no se adúltere la leche, no lo es menos que en Dios debemos dejar la victoria. Como canta el P. Castellani:

Argentinito que naces  
Ahora, te guarde Dios:  
Una de dos Argentinas  
Te romperá el corazón. <sup>93</sup>

### **Martita Ofelia, o de las "víctimas rituales" de la Ciudad filicida**

Si alguna duda cabe acerca del pétreo estilo del P. Castellani basta con leer uno de sus libros más duros y dolorosos, Martita Ofelia y otros cuentos de Fantasma, cuyo eje gira en torno al diabólico asesinato de una niña, allá por el año 1938. Pero este libro, que tiene a Martita Ofelia como protagonista, no es para ella, que ya goza del descanso en el Padre, sino para todas las "martitas" que son escandalizadas en cualquier lugar y época. Se trata, en suma, de una obra destinada a todas las víctimas rituales de la civilización socavada por la locura social, por la sed de sangre inocente, por la Ciudad filicida.

Si reconocemos, con Gamba, que la Ciudad humana es la estructura vital y albergue espacial y temporal del hombre, si es donde todos viven unidos por los lazos del compromiso y la caridad en pos del bien común natural y sobrenatural, no podemos dejar de ver cómo su desnaturalización resulta en la ruina de todos los que la componen. Es lo que sucede cuando se enseñorean los tiranos impíos, cuando la desgobiernan los insensatos y, aún más, cuando los miembros de la comunidad los acompañan en la insensatez. La Ciudad se desnaturaliza y cae en picada cuando le deja las riendas al malicioso que relativiza absolutamente todo y cuya expresión - talismán es: "¿Por qué no?", es decir, la objeción "que intenta siempre justificar una práctica nueva o la ruptura de un modo de ser o de hacer" y a la que siempre la sabiduría ancestral contestó con el conciso y proverbial *porque no*<sup>94</sup>.

La locura social se evidencia cuando una comunidad, un pueblo, se ha vuelto loco. Así, sin más. Un pueblo que se ha vuelto loco, al igual que la persona enloquecida es, según la conocida definición de Chesterton, aquél que ha perdido todo, menos la razón. En efecto, cuando una comunidad acepta dejar de ser gobernada para ser "administrada", cuando se permite ser subyugada por el mal espíritu de la tecnocracia eficientista, relega en pos del consumo las obligaciones espirituales y ofrenda sus hijos a los ídolos de la moda y de la calidad de vida, entonces se asiste a la imagen de un pueblo expirante. Por mucho que duela decirlo, lo cierto es que esta singular locura social, cada vez más presente en nuestra actualidad, se manifiesta en un variado espectro de ámbitos que bien vale aquí reseñar someramente.

En primer término, la locura social manifestada en la politiquería, como denomina Castellani a la partidocracia, en el oscilar constante entre la tiranía y la anarquía que son dos extremos que se vinculan sin jamás hallar el justo medio. Son los dos extremos de la corrupción política, en los que "predomina sobre la Ley la voluntad de los hombres: en la tiranía, la de Uno; y en la anarquía, la de Muchos"<sup>96</sup>.

A la manera que toda vivencia emotiva de un mono desemboca en conductas sexuales, así toda vivencia emotiva de la masa argentina va a desaguar al cauce genérico y profundo de la politiquería, a quien proporciona sangre y fuerza motriz. La desgracia de la niña mártir y de su familia que, juro al Dios Vivo, fue desgracia de toda la familia argentina, vengable del furor divino, se convierte en asunto de comité (...) A tal extremo ha llegado en el país la pérdida del sentimiento de lo sacro, pérdida que es la condición y el clima de todos sus males morales y políticos, que son irremediables y crecerán día a día sin la restauración de Aquello Otro<sup>97</sup>.

Por eso la politiquería partidocrática es un pecado contra el orden natural, es parte de una herejía, la última según Belloc, y por lo mismo, la más terrible. También Castellani comprendió el carácter herético del invertido dogma democrático que tergiversa al vero cristianismo y lo provee de un contenido satánico. Por ello, "a la manera que la Iglesia dice *Extra Ecclesiam nulla salus*, ahora esta Contra - Iglesia, o mejor dicho Pseudo - Iglesia proclama: fuera de la Democracia no hay salvación"<sup>98</sup>.

La locura social se desata al enseñorearse la Revolución destructora del orden natural y al instalarse una "tradición" que "es todo lo contrario de una tradición (...) un revestimiento externo impuesto por la violencia, estuco amasado en sangre, que por suerte grande no penetró nunca del todo en el pueblo argentino; aunque lo desconcertó, empobreció y degradó"<sup>99</sup>.

Locura social ésta evidenciada hasta la exasperación en los medios de comunicación, de lo que magistralmente supo dar cuenta el P. Castellani en muchas de sus obras. Vale, a modo de ejemplo, recordar la figura del moralmente contrahecho periodista que pide la audiencia al Rey Sancho, y que resulta ser una figura verdaderamente paradigmática para entender los vericuetos de la manipulación de la información. Allí mismo, la fina ironía de nuestro jesuita se vuelve profética cuando el mentado Sancho I decreta la fundación de *la Fábrica Unica Central de Información Extranjera Monopolizada por el Estado*<sup>100</sup>, que resulta claramente equiparable con las usinas de información actuales, esas verdaderas factorías de desinformación que tanto contribuyen en la desfiguración de lo real en pos de la manipulación de las conciencias<sup>101</sup>. También a ello se refería nuestro pensador cuando mentaba con indignación al "país que mira bizco cuando mira, un país que ha consentido que lo nutran de mentira"<sup>102</sup>.

Por otro lado, la mentada locura social se evidencia en el deterioro de la dignidad del juez. Sobran ejemplos acerca de esto. Basta pensar en la sentencia del desventurado juez argentino que atenuó la pena del violador de una niña porque apagó la luz antes de cometer el aberrante acto. ¡Ay! ¡Cuántos de estos ejemplos nos ofrece el torcido derecho actual! Es lo que a su vez enseña Saint Exupéry: "Y he aquí que en nombre de su justicia cometieron asesinatos; porque su justicia era antes que nada igualdad"<sup>103</sup>.

Ante este cuadro horrisono, Castellani ofrece la mejor solución, esto es, el retorno del derecho a su quicio, a la esencia de lo justo, dejando "entrar de nuevo en el enteco sistema jurídico policial del positivismo las grandes nociones cristianas de *culpa, responsabilidad, penitencia, reivindicación social, persona humana y conciencia humana*"<sup>104</sup>.

Pero, más allá de la aplicación del derecho positivo, la locura social se evidencia en el hecho central de la injusticia, es decir en todos los vicios que repugnan al bien común y que por lo tanto derivan de aquella<sup>105</sup>. A ello remite Castellani al decir que "una injusticia no reparada es una cosa inmortal, un veneno que roe y se expande"<sup>106</sup>. Y agrega por su parte Juan Pablo II que "el pecado es, en el sentido más amplio de la palabra, la injusticia (...) aquella que deviene del "agravio hecho al otro, aquél cuyos derechos han sido violados con la acción que constituye precisamente el pecado"<sup>107</sup>. Y, sobre todo, "el pecado, por esa esencial naturaleza suya de ´injusticia´, es ofensa a Dios, ingratitud por sus beneficios, además de desprecio a su santísima persona"<sup>108</sup>.

El amor a los enemigos - dice Castellani - no excluye la lucha contra la injusticia que está en ellos, antes a veces la impone. Hay algunos que tienen la misión o el deber profesional de luchar por la justicia. (...) son los jueces (los juristas), los gobernantes (los pastores), y los soldados (los guerreros). Desgraciadamente la época moderna ha transformado a los jueces en máquinas, a los gobernantes en economistas y a los soldados en militares; y padecemos una gran escasez de caballeros andantes.<sup>109</sup>

En efecto, la demencia social llega al paroxismo cuando una comunidad no ve la injusticia, cuando queda ciega, sorda y muda ante los atropellos a los más débiles y necesitados de protección, cuando acepta sin hesitación que la eliminación de los inocentes y desvalidos se convierta en *política de estado*.

Ante eso podemos decir, y decimos, que la locura social se erige triunfante cuando la niñez resulta víctima ritual de la injusticia de la Ciudad filicida.

¿Cómo explicar al pueblo - se pregunta un Castellani transido de dolor - que lo que él llama porquerías (con razón) tiene una profunda raíz intelectual herética que se llama liberalismo, raíz desenvuelta aquí en enorme tronco de ombú, en follaje que cubre el país, en flores hediondas y frutos inútiles, algunos de los cuales el mismo pueblo tiene por grandes conquistas del progreso y la civilización? <sup>110</sup>.

Porque así como, sin menoscabar el hecho inefable de la misericordia divina, existe un castigo por los pecados personales, del mismo modo, se verifica la necesidad de la expiación por los pecados de la Ciudad. Porque un pueblo puede pecar, pero no puede vivir sin penitencia para la remisión de sus faltas y la consiguiente restauración de la salud de su alma, pues de lo contrario, puede dejar de existir en tanto pueblo. Pues, así como una Ciudad tiene su ángel, tiene también sus demonios, y a ellos puede ceder en la tentación de una grandeza vana y una mezquindad homicida para con sus hijos. Es esto lo que nos advierte con fuerza Castellani al decir que "hay madres colectivas como la Patria, la Iglesia, la sociedad; cuando estas madres matan a sus hijos suceden grandes desastres colectivos" <sup>112</sup>.

Bien presente debemos tener esto los argentinos, sobre todo en estos tiempos de pervertidores gobiernos tiránicos en lo que, sin dejar de invocar la protección de la Divina Providencia, debemos expiar nuestros pecados. Es lo que duramente enseña el Aquinate al referirse a la liberación divina de los pueblos oprimidos por los tiranos: "...para que el pueblo pueda merecer de Dios tal beneficio debe dejar de pecar, porque los impíos reciben la potestad precisamente en castigo del pecado, pues dice el Señor por Oseas: 'Te daré un rey en mi ira' (13,11), y en Job: 'Pone como rey a un hipócrita para castigar los pecados del pueblo' (34,30). Ha de quitarse pues la culpa, a fin de que cese la plaga de los tiranos" <sup>113</sup>.

Y lavar nuestras culpas, que son la de la patria, significa expiar a las "martitas" cotidianamente mancilladas en nuestro país. Mientras tanto, como dice nuestro entrañable Castellani, "el bofetón del demonio a toda inocencia y toda paternidad continúa enrojeciendo de sangre y fuego cárdeno el crepúsculo de la Patria" <sup>114</sup>.

Se trata, en suma, de trocar la Ciudad filicida, sometida a la *lógica del Maligno*, por la Ciudad de Dios, la Ciudad del Padre que cobija a sus hijos y les anuncia la Promesa del Reino en el que podrán vivir por toda la Eternidad en la Visión Beatífica.

Y se trata también de defender la Ciudad, sin deificarla, pero jurando dar la vida por ella y por sus hijos pues, "dichoso aquél que muere para que quede indemne la vida de un niño, la gloria de un país" <sup>115</sup>. Entonces podremos exclamar, con Saint Exupéry: "¡Oh, ciudadela, mi morada, te salvaré de los proyectos de la arena, y te ornaré con clarines para sonar contra los bárbaros!" <sup>116</sup>.

*Dar la vida por los amigos*, nos reclama el Señor que es lo mismo que dar la vida por la Patria pues, ¿qué otra cosa es la Patria sino el vínculo cordial y amical que nos une en la Tierra para llegar al Cielo? Por ello, bien dispuestos estamos a dar la vida, con sangre o sin ella, por la Patria:

Y hay que morir, hay que morir lo mismo,  
Si Dios lo pide por la patria yerma,  
Y dar la sangre por la patria yerma,  
En el caso que Dios pida ahora mismo  
Toda mi sangre para salvar del abismo  
A la pálida patria enferma <sup>117</sup> .

- [Preguntas y comentarios al autor](#)

#### **Epílogo: "Si no os hacéis como niños"**

*¡Levanta tu mano, Divino Niño,*

*y bendice a estos pequeños amigos tuyos,*

*bendice a los niños de toda la tierra!*

Juan Pablo II

#### **La niñez en las edades de la vida**

Nada de lo antedicho impide cuidarse bien de aquella visión deformada y preñada de ideologismo que ve a los niños como seres revestidos de pureza, absolutamente buenos e incorruptos. Tal perspectiva puede resultar aceptable para un rosseauiano, pero nunca para un católico.

En efecto, uno de los postulados principales del naturalismo es el que afirma la existencia de la "inocencia" absoluta del niño, lo que implica desconocer la esencia del hombre, al negar el hecho de la culpa, negar el pecado original, negar también la libertad y la responsabilidad y, en última instancia, la propia realidad de la redención y de la gracia. Ya hemos visto, al tratar la obra del P. Gnocchi, que por la solidaridad vertical el niño comparte las consecuencias del pecado de Adán y además, en tanto persona, es también capaz de pecar.

La verdadera sabiduría antigua y actual no desconoce la proclividad al pecado presente en los niños. Vale, por caso, recordar una de las obras más importantes de C.S. Lewis, Las crónicas de Narnia, en la que descuella la figura de Edmund, el niño descreído y petulante, tan lamentablemente inclinado al pecado de la soberbia y la traición. Pero, como en todo hombre, en este niño se vislumbra también la tensión hacia el bien, bajo la forma del arrepentimiento y la consiguiente remisión de los pecados, por mortales que hayan sido<sup>118</sup>.

Sin embargo, aún en algunos pensadores cristianos, se vislumbra el error naturalista que insiste en negar la propia noción de culpa. Es el caso de Jean Guitton, quien al hablar de un catecismo para niños de su autoría no duda en afirmar que "no hay que dar al niño la idea de lo prohibido. Desde la infancia, el niño vive en el 'no debes'. Eso es dramático. Y, además se le suma el pecado. ¿Cómo quiere usted que el niño sienta interés por este modo de concebir la vida? En *mi Catecismo, no verá jamás la noción de pecado, sino siempre la noción de progreso*"<sup>119</sup>. Lamentablemente, expresiones espiritualmente miopes como ésta suelen abonar los programas de la catequesis que los niños reciben, y que agudizan la posibilidad del desvío moral y espiritual pues, ¿cómo salirse de la esclavitud del pecado sin creer que éste existe? ¿Cómo han de propiciar el Buen Combate los pequeños formados en la laxa tibieza de un progresismo vacío de las nociones centrales del mal, del pecado y del propio infierno?

Muy por el contrario, la recta doctrina reconoce que los niños tienen un cúmulo de deberes que no les es lícito eludir, especialmente en cuanto se refiere a sus padres. Así, el amor, la obediencia, la veracidad, la sinceridad y la reverencia son parte de las exigencias de la niñez y representan el polo opuesto de los derechos que críticamente mentáramos al iniciar este opúsculo. Nada nuevo decimos, pues todo está prefigurado en el cuarto precepto: "honra a tu padre y a tu madre para que vivas muchos días sobre la tierra" y en la propia niñez del Paradigma, que estaba sujeto a sus padres, aún siendo el Hijo de Dios<sup>120</sup>.

Así las cosas, dejamos aclarado que cada vez que nos referimos a la inocencia de la niñez no lo hacemos en el sentido naturalista de negación de la culpa pero sí en el de la diafanidad prístina propia de la infancia. Es lo que enseña San Agustín: "...lo que es inocente en los niños es la debilidad de los miembros infantiles, no el alma de los mismos (...) ¿Dónde, te suplico, Dios mío, dónde, Señor, yo tu siervo, dónde o cuándo fui inocente?"<sup>121</sup>.

Más, sin perder esto de vista, lo cierto es que la infancia es una edad cardinal y que el cristiano sabe, como enseña Caponnetto, que es "mucho más que un estadio psicoevolutivo o una etapa cronológica. Es el estado en que Dios mejor nos quiere y en el que más próximos a El nos encontramos. Es pues, más una cuestión ontológica que cronológica, preciso de cultivar y de amar"<sup>122</sup>.

Ontología y cronología éstas que coinciden en el niño y de ahí el especial cuidado que en toda circunstancia nos merecen. Bellamente nos lo recuerda León Bloy al decir que "en nuestra ignorancia absoluta de los designios de Dios sobre cada una de las criaturas humanas, me parece que el más débil y el más tierno de los niños debe inspirarnos un temor respetuoso, una especie de veneración sin límites..."<sup>123</sup>.

Muy por el contrario, el pensamiento moderno, en tanto expresión de la negación de la persona y sus religaciones esenciales, ve en la niñez una etapa biológica y psíquica que no se explica ni vale en sí misma más que como preparación para la futura adultez. Por ello, los corifeos de la negación (¡hay tantos!), propician a cada paso un asesinato de la inocencia, puestos de lleno en la odiosa tarea de adelantar la adultez de los infantes. Y el producto no es otro que el de hombres sin infancia que reniegan de lo mejor que han tenido, su primera antigüedad, como decía Unamuno.

Sin embargo, la niñez es siempre una edad en la que la persona se ve envuelta, ya para negarla, ya para reivindicarla, pues constantemente "atraerá al hombre como un tiempo entrañable en el que vivimos con toda intensidad y lozanía de nuestro lejano origen; pero será también el tiempo en el que la vivencia directa, a menudo amarga o dolorosa, de lo real desgastó rápidamente nuestra sensibilidad primera, cubierta para siempre por un sistema de protección conceptual"<sup>124</sup>.

En efecto, el hombre, al crecer, suele sumergirse en una especie de caparazón con el fin de preservarse de lo que Gamba llama "la herida de lo real", pero mal camino toma si ese caparazón le obnubila razón y corazón y le impide distinguir las esencias, el mal del bien, los seres buenos de los execrables, tal como puede hacerlo un niño, descarnadamente atento y asombrado ante lo real.

Si es cierto que el niño, por su mera condición creatural, no es ajeno a la culpa, no lo es menos el hecho de su vinculación con las más altas virtudes, teologales y cardinales. Así, a lo largo de la historia se verifican multitud de casos en los que los niños, precisamente por su inocencia, se convierten en adalides de la Palabra, en férreos testigos de la Fe, en indelebles milites a las órdenes del Señor. Vivamente nos lo recuerda Juan Pablo II al traer el recuerdo constante de un puñado de niños, santos y mártires, cuyo ejemplo resplandece en la historia del hombre sobre la tierra.

¿Cómo no recordar - dice el gran Papa polaco - los niños y niñas santos que vivieron en los primeros siglos y que aún hoy son conocidos y venerados en toda la Iglesia? Santa Inés, que vivió en Roma; santa Agueda, martirizada en Sicilia; san Tarsicio, un muchacho llamado con razón el mártir de la Eucaristía, porque prefirió morir antes de entregar a Jesús sacramentado, a quien llevaba consigo.<sup>125</sup>

Mas, por gracia de Dios, el recuerdo de estos pequeños testigos se enriquece y plenifica día a día con la heroicidad y santidad de otros niños, a quienes el Señor regala el don precioso de la entrega por el otro, en pos de la Vida en el Otro. Vale entonces traer a colación el caso del pequeño Joshua Heldreth, un niño de diez años que fue arrestado en Estados Unidos por intentar dar de beber a Terri Schindler - Schiavo, aquella infortunada joven condenada por los jueces de la cultura de la muerte, bajo la excusa de una contra - piedad diabólica, a perecer de hambre y sed. Meses después del infausto acontecimiento, Joshua fue obligado, arduos juicios mediante, a brindar una disculpa pública por su "intromisión" en el sanatorio para ayudar a la enferma Terri. Pero la carta de excusa del agraciado niño, a contrario de lo que esperaban sus tristes detractores, bien vale conservarse como modelo catequético para dar a conocer a los hombres los efectos de la gracia santificante. Allí, el pequeño mártir nos dice:

Fui arrestado en Viernes Santo por ingresar al hospicio. No darle a la Sra. Schiavo ni comida ni agua estuvo mal. La razón que tuve para entrar en su propiedad es que Jesús habría hecho lo mismo. Me puso triste que estuviera tan sedienta y eso también entristeció a Jesús. Sabía que (Terri) moriría sin agua y yo estoy llamado por Jesús a defender a los indefensos. Así que entré en su propiedad para darle algo de tomar (...) Siento que eso no les haya gustado y que no me hayan permitido ayudar a salvar su vida. Un día ustedes tendrán que decirle a Dios por qué. No podré ayudarlos entonces como traté de ayudarla a ella. Rezaré por ustedes ese día <sup>126</sup> .

Como ha dicho Chesterton, traducido en forma inigualable por nuestro Castellani, "sacrilegios hay uno tan sólo: hacerse grandes. Matar, igual que Herodes, al Niño Dios en mí..." <sup>127</sup> . Y matar a nuestro niño interior es rechazar la Gracia y, con ello, la posibilidad de ser santos, testigos heroicos de la Verdad, tanto como lo ha sido Joshua.

Por eso, es importante tener presente la recomendación de Bernanos: "No olvidéis nunca que este mundo odioso se mantiene en pie por la complicidad - siempre combatida, siempre renaciente - de los santos, de los poetas y de los niños. ¡Sed fieles a los santos! ¡Sed fieles a los poetas! ¡Sed fieles a los niños! ¡Permaneced fieles a la infancia! ¡Y no os convirtáis nunca en personas mayores!" <sup>128</sup> .

## La niñez y la vida angélica

Si el ministerio angélico, es decir la misión de algunos ángeles como instrumentos del Señor para el bien de los hombres, es una verdad de fe, no lo es menos la existencia de los ángeles custodios, asignados a cada hombre para su especial cuidado.

Es un error común, de todas las épocas, atribuir los ángeles custodios exclusivamente a los niños o a los hombres débiles por la enfermedad u otra contingencia.

El Angel - dice D' Ors en su peculiar tratado de angelología - dijérase cosa de niños y para niños. La mayor parte de las Cofradías del Angel Custodio que, en mis viajes he encontrado (...) excluyen prácticamente a los adultos <sup>129</sup> .

De ser cierto esto, los otros hombres, los adultos, no necesitarían de la presencia angélica pues les bastaría con el libre albedrío y el conocimiento nato de la ley natural. Contra esto responde el Aquinate que "es evidente que en las cosas prácticas el conocimiento y el afecto del hombre pueden variar mucho y apartarse del bien; y por tanto ha sido necesario que los ángeles fueran destinados a la guarda de los hombres, para que por ellos se regularan y movieran al bien" <sup>130</sup> .

De lo que se deduce, con el Doctor Angélico, que a cada hombre se le destina un ángel guardián y que la tal custodia "es la ejecución de la Divina Providencia respecto de los hombres" <sup>131</sup> pues, mientras el hombre es

viator, peregrino, ha de recibir el auxilio de un ángel del Señor en el duro camino hacia la Patria, hasta que llegue al fin de la jornada, cuando ya no tenga custodio "sino que tendrá en el Reino un ángel consorte o en el Orco un demonio verdugo"<sup>132</sup> .

El ministerio del ángel guardián adquiere aún mayor significación cuando se contempla su solícita intervención para alejarnos del escándalo pues, como dice el Salmista: "te llevarán en sus manos para que no tropiece tu pie en piedra alguna" (Sal 90, 12).

Nos sostienen en sus manos como un preciado tesoro que Dios les ha encomendado - expresa Fernández Carvajal -. Como los hermanos mayores cuidan de los pequeños, así los ángeles nos asisten a nosotros hasta introducirnos felizmente en la casa paterna. Entonces habrán cumplido su misión.<sup>133</sup>

No obstante, y sin negar nada de lo anterior, resulta claro que el ángel custodio está especialmente cerca de los niños pues, como dice Anzoátegui, "nadie sabe respetar a la niñez. Nadie sino el Angel de la Guarda. Sólo él sabe galoparle al lado y adelantársele cuando es necesario (que es el único sistema de educación realmente educativo). Sólo él conoce los derechos del recién nacido. Es que todos nosotros hemos olvidado la realidad de la niñez y su misterio..."<sup>134</sup> .

En efecto, si el Angel ésta más cerca de los niños es porque los adultos hemos abjurado de la niñez, perdiéndonos muchas veces en los oscuros laberintos del pecado. Y, bellamente aunque no sin tristeza, lo expresa Mons. Toth, al decir que "si un hombre adulto mira los ojos de un niño, su rostro se serena; pero si un niño mira los ojos de un adulto, se pone serio. ¿Cuál es la causa? Es que el adulto, en estas ocasiones, recuerda por un instante el paraíso que perdió; y, en cambio, el niño contempla el mundo triste y pecador que le espera"<sup>135</sup> .

Y lo propio expresa Guardini al indicar que cuando el Señor dice "guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los Cielos"(Mt. 18,10) señala una profunda comunión: la del niño que puede decir "mi ángel" y la del ángel que dice "mi niño a mí confiado"<sup>136</sup> .

Y, finalmente, es menester recordar que el Angel Guardián tiene también la sacra misión de acompañar al niño que es llamado a la Casa del Padre, cobijarlo en su seno durante el tránsito a la vida Eterna, depositarlo suavemente en el Umbral Celestial, de modo que, gracias a su obra, dice el precitado Anzoátegui, "el infierno está prácticamente en quiebra"<sup>137</sup> . Esta labor angélica, la de acompañar en el último tramo de viaje, resulta excelsamente descrita por José Selgas en singular poema:

Vio el niño a los ángeles  
De su cuna en torno

Y, agitando los brazos, les dijo:  
"¡Me voy con vosotros!"  
Batieron los ángeles  
Sus alas de oro,  
Suspendieron al niño en sus brazos,  
Y se fueron todos.<sup>138</sup>

## La Virgen María y los niños

María es Madre de Dios y Madre nuestra. Por eso, nuestro primer pensamiento hacia Ella debe estar nutrido de amor filial por cuanto es Madre espiritual y Madre adornada de todas las virtudes. Ese amor reverencial es uno de los tres actos esenciales del culto de hyperdulía que debemos a nuestra Señora. Los otros dos son la invocación y reverencia y la invocación y confianza<sup>139</sup>.

Al ver cómo María prodiga sus cuidados al pequeño Niño Dios - dice el P. García Vieyra - pensamos que también cuidará de nosotros. Jesús no tuvo más que nacer. Nosotros debemos morir primero al hombre viejo, y, después, renacer en Cristo.<sup>140</sup>

La Maternidad de María es arquetipo de la maternidad, pues en Ella han de reflejarse las madres en busca de consuelo y ayuda. Y si nos acercamos a Ella es por Cristo pues "cuanto más pensemos en Él más pensaremos en Ella; cuanto más adoremos Su Divinidad, más veneraremos la Maternidad de Ella; cuanto menos adoremos Su Divinidad, menos motivos tendremos para reverenciar y venerarla a Ella. (...) los que rechazan la devoción a María son los que niegan la Divinidad de Cristo"<sup>141</sup>.

En un libro esencial, Alberto Caturelli indica que la corrupción de lo sobrenatural en el mundo mundano se verifica en la negación de María en tanto Madre de Dios y de los hombres (como así también en la negación del magisterio petrino y el olvido de Satanás y su presencia real)<sup>142</sup>. En efecto, la objeción a la Maternidad de María tiene por fin el alejamiento de los fieles respecto de Cristo pues "mediante el culto de María es mejor conocido y amado su Hijo"<sup>143</sup>.

Entonces, si los fieles se alejan de Cristo en su negación de María, han también de alejarse de la protección de la Señora, que los ampara y aboga por ellos como amorosa intercesora ante el Padre. Por ello, la devoción a la Virgen resulta esencial para la salvación de las almas. Es lo que enseña Grignion de Montfort en su Tratado de la Verdadera Devoción, al explicar que María es la defensora y protectora de sus hijos, capaz de enviar "legiones de millones de ángeles en socorro de uno sólo de ellos"<sup>144</sup>. Nada puede hacer la serpiente, pues "donde está María de conductora, no entra ni el espíritu maligno con sus ilusiones, ni los herejes con sus astucias"<sup>145</sup>.

Es evidente la predilección de la Virgen por los niños y, como enseña Juan Pablo II, "ha dirigido siempre, en

el curso de la historia, su atención maternal a los pequeños". Prueba de ello, nos dice el Papa, es santa Bernardita de Lourdes, los niños de La Salette y, ya en este siglo, Lucía, Francisco y Jacinta de Fátima<sup>146</sup>, sin olvidar a la pequeña Mariette Beco, a quien la Señora se le apareció en el pueblo belga de Banneux durante el año 1933.

Describiendo el misterio inefable de Fátima, el P. Ramiro Sáenz explica cómo los tres niños fueron transformados a partir de las apariciones del Ángel (que anunció a María) y de la Virgen. Pronto se mostraron fuertes y prudentes, caritativos y acérrimos enemigos del pecado, sedientos de oración y sacrificio

<sup>147</sup> .

Es claro que hablamos de niños especialmente agraciados pero, ¿acaso no puede serlo cada niño? Porque lo cierto es que esta verdadera metanoia, operada en los pequeños que ya eran buenos y piadosos, ha de poder manifestarse en todo niño veramente devoto de María. Por ello es tan esencial que reciban de los padres el hábito de la oración, especialmente del Rosario de la Madre de Dios.

La Virgen, como poéticamente apunta Laurence Housman es "un Huerto Cerrado en flores florecido" que "creció a la espera de la Mano Divina. Un huerto jamás tocado por mano humana utilizó Dios para su venida". Pero, al mismo tiempo, ese Huerto es nuestro cobijo y amparo, nuestro asilo de peregrinos y la morada desde la cual asistiremos, por la Gracia de Dios, a la Visión Beatífica.

Nuestra Señora, la Corredentora, es quien toma al Señor en sus brazos para huir hacia Egipto ante la amenaza que se cierne sobre Él. Y la iniquidad se abate entonces contra los niños por orden de Herodes. Pero, como dice el P. Biestro, "los extraños caminos de la Providencia hacen que esa ruina desemboque en gozo, pues los Mártires Inocentes son las primicias de los redimidos. La muerte se trueca en victoria ya que el sacrificio de los niños constituye un testimonio en favor del Señor, que muchos de su pueblo no quieren dar"<sup>148</sup> .

En fin, la Virgen María, auxilio de los cristianos como enseñan las letanías lauretanas desde la victoria de Lepanto, es el escudo invisible de los pequeños que soportan en el mundo la maldad de los hijos de las tinieblas. Eso es lo que magníficamente demuestra el P. Castellani en versos inolvidables:

Porque Ella es Reina y Madre todo junto,  
Del poder del amor vivo prasunto,  
Y como Reina tiene sus cuarteles.  
Como una flota camuflada en flores  
Y como Madre tiene sus furores  
Cuando le tocan sus hijitos fieles<sup>149</sup> .

## Nuestro Señor y la salvación por la infancia espiritual

Ya hemos señalado que cuando el Señor nos habla de la niñez no se refiere sólo a los niños, en tanto condición etaria, sino a todos aquellos que creen en El, a los que con la sencillez del ojo y del corazón se desenvuelven en la capacidad de mirar lo manifiesto, de sentir lo esencial y de abrazarlo sin cálculos <sup>150</sup> . Por ello, una cosa es la infancia espiritual y otra muy distinta el cristiano niño, aquél de la fe inmadura, de la sequedad espiritual y del constante alejamiento de Dios. Es lo que advierte San Pablo Apóstol cuando nos dice: "no seáis niños en inteligencia; sed, sí, niños en la malicia; mas en la inteligencia sed hombres acabados" (I Cor.14, 20).

"¿Acaso no pone Jesús al niño como modelo incluso para los adultos?"- pregunta Juan Pablo II en su hermosa Carta a los niños y continua: "En el niño hay algo que nunca puede faltar a quien quiere entrar en el Reino de los Cielos. Al cielo van los que son sencillos como los niños, los que como ellos están llenos de entrega confiada y son ricos de bondad y puros. Sólo éstos pueden encontrar en Dios un Padre y llegar a ser, a su vez, gracias a Jesús, hijos de Dios" <sup>151</sup> .

En efecto, por misteriosa paradoja el Señor nos enseña que es necesario "hacernos como niños" para ser cristianos adultos, es decir, para llegar al culmen de nuestra edad espiritual. ¡Ay! ¡Qué abismo entre la Palabra y el programa moderno que declama, desde Kant, que la mayoría de edad del hombre llega cuando abandona la fe y se sumerge en la escarpa de la Razón endiosada! ¡Cuántos monstruos producen esos sueños racionalistas!

Muy por el contrario, la infancia espiritual es la actitud interior que se corresponde con la enseñanza evangélica: "si no os hacéis como niños..." (Mt 18, 3), y su camino está señalado por ciertos hitos espirituales que es menester anotar aquí aunque sea someramente. En efecto, esta especialísima infancia evangélica implica humildad, abandono, confianza en Dios y docilidad para acoger su palabra.

La infancia cristiana supera a la de los hombres - dice San Máximo de Turín en su Homilía 58 - Mientras ésta ignora el pecado, aquélla lo detesta. Esta debe su inocencia a la debilidad, aquélla a la virtud. La infancia del cristiano es digna de los mayores elogios, porque su odio al mal proviene de la voluntad, no de la impotencia.

Quizás una de las voces más autorizadas para tratar este tema sea la de Santa Teresa de Lisieux, la Doctora de la Iglesia que insiste en buscar "la manera de ir al cielo, por un caminito muy recto, muy corto, por un caminito enteramente nuevo", el de la infancia espiritual. No hay otra manera de llegar a la Patria.

Para Santa Teresa la infancia espiritual es "permanecer niño delante de Dios (...) es esperarlo todo del buen Dios, como un niño pequeño lo espera todo de su padre, es no inquietarse de nada, no buscar fortuna" <sup>152</sup> .

Y, por su parte, Juan Pablo II señala que "‘convertirse’ en pequeños y ‘acoger’ a los pequeños son dos aspectos de una única enseñanza, que el Señor renueva a sus discípulos en nuestro tiempo. Sólo aquél que se hace ‘pequeño’ es capaz de acoger con amor a los hermanos más ‘pequeños’" <sup>153</sup> .

Vivimos, según nos enseña el P. Bojorge, en medio de la tristeza de la sociedad sin Padre <sup>154</sup> y, por lo tanto, sin conciencia filial. No es extraño entonces que esta carencia redunde en el desprecio de la infancia, en su doble carácter ontológico y cronológico, pues, ¿cómo ha de ser buen padre quien reniega del Padre? ¿Cómo ha de resguardar a sus pequeños una sociedad que blasona de parricida?

Por ello, en estos tiempos de abundantes defecciones y tibiezas, la infancia espiritual se presenta como remedio eficaz contra ese voluntarismo pelagiano que parece impregnarlo todo. Así, supuesta la libertad del hombre, necesitamos la gracia de Cristo, y a ella nos abandonamos incondicionalmente "con toda docilidad y confianza, sin miedo alguno, sin otro miedo que el de fallar por el pecado a la acción divina en nosotros" <sup>155</sup> , como hijos amorosos y obedientes que temen deshonorar al Padre.

Porque la infancia espiritual, tal como enseña el Papa Benedicto XVI, es justamente lo opuesto a "la tentación del soberbio que quiere ser como Dios, árbitro del bien y del mal, (y por ello) es decididamente rechazada por el orante, el cual opta por la confianza humilde y espontánea en el único Señor" <sup>156</sup> .

De ese modo, mientras peregrinamos por este Valle de Lagrimas, sintiéndonos hijos amparados por el Hijo, podemos enfrentarnos a todo mal porque el Señor nos enseña que "un alma en gracia no tiene que temer a los demonios, que son tan cobardes que huyen ante la mirada de un niño" <sup>157</sup> .

San León Magno, en su homilía in Epiphania Domini, nos enseña que "Cristo ama la infancia, que Él mismo ha vivido al principio en su alma y en su cuerpo. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, regla de inocencia, modelo de dulzura. Cristo ama la infancia; hacia ella orienta las costumbres de los mayores, hacia ella conduce a la ancianidad. A los que eleva al reino eterno los atrae a su propio ejemplo".

Y el propio Guitton, a quien críticamente citamos arriba, señala bellamente que "la alegría que experimentamos al revivir la infancia no es una alegría retrospectiva, es una alegría prospectiva (...) la mirada sobre la infancia es para la vejez la aproximación a la respuesta de una pregunta que cada uno se ha planteado un día u otro de su juventud: ‘¿pero quién es este Jesús, del que se dice que ha resucitado?’ . El momento de la respuesta está cercano a mí y espero, con los ojos confiados de los niños, el instante en que estaré con Aquél en quien todo se ordena y se recapitula al fin".

Por todo lo dicho, es claro que el caminito de la infancia espiritual es que el recorrieron los pensadores aquí evocados. Wast, haciéndose tan pequeño como un embrión, en la certeza de que su alma ya no podrá aumentar en tamaño pero sí en amor de caridad. Gnocchi, empequeñeciéndose con los pequeños cristos mutilados. Castellani, inmolándose como Sócrates en una Argentina que prefiere el cocinero al médico y

sacrifica a sus hijos en el trámite. Y Chesterton, batiéndose en lid poética contra la civilización negadora del Padre.

Todos supieron, con Campoamor, que "¡en el Cielo hay niños!" y que de ellos será el Reino de los Cielos. De ellos, y de los que sepan hacerse como niños... salvando a los niños. Porque es el Buen Combate contra los escandalizadores lo que mitigará la gravedad de nuestras claudicaciones y miserias cuando nos presentemos ante el Señor de la Justicia. Lancémonos gustosos entonces a dar esa pelea, para estar seguros de que en el Reino, "que consta de muchas moradas, tendremos un lugar reservado en la de los pequeñitos"<sup>159</sup>.

*Sub correctione Sanctae Matris Ecclesiae*

- [Preguntas y comentarios al autor](#)

## **Bibliografía**

1. AAVV: Ángeles en el pensamiento de teólogos y filósofos contemporáneos, Buenos Aires, Lumen, 2003.
2. AAVV (Dir. P. Alfredo SÁENZ SJ): Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas. Ciclo A, Buenos Aires, Gladius, 1995.
3. AAVV: La mujer hoy, después de Pekín, Rosario, Jc, 1995.
4. Monseñor Héctor AGUER: Homilía en la celebración diocesana de la Beata María Ludovica De Angelis, Iglesia Catedral de La Plata, 25 de febrero de 2005, en: AICA, <http://www.aica.org/aica/documentos>
5. San AGUSTÍN: Confesiones, Buenos Aires, Lumen, 1999.
6. Eduardo B. M. ALLEGRI: Aproximación a Chesterton, Buenos Aires, Educa, 1996.
7. Ignacio B. ANZOÁTEGUI: De tumbo en tumba, Buenos Aires, Theoria, 1966.

8. Santo TOMAS DE AQUINO: Summa Theologica, Buenos Aires, Club de Lectores, 1988.
9. Santo TOMÁS DE AQUINO: El gobierno de los príncipes, México, Porrúa, 1998.
10. Miguel AYUSO: Chesterton, caballero andante, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2001.
11. Andrés AZCÁRATE OSB: Curso de Liturgia, Buenos Aires, San Benito, 1951.
12. BENEDICTO XVI: "Audiencia General del Miércoles 10 de agosto de 2005", en: Zenit (Servicio Diario), <http://www.zenit.org/spanish/subdiario.html>
13. Francisco Luis BERNÁRDEZ: Poemas de carne y hueso, Buenos Aires, Losada, 1998.
14. P. Carlos BIESTRO: Jardín cerrado. La Virgen en la escritura y los Santos Padres, Mendoza, Deus in te, 2002.
15. León BLOY: Páginas escogidas, Santiago de Chile, Zig - zag, 1945.
16. Horacio BOJORGE SJ: La Casa sobre Roca, Buenos Aires, Lumen, 2005.
17. Mons. Victorio BONAMIN: El diablo en la vida de Don Bosco, Buenos Aires, Dictio, 1980.
18. San Juan BOSCO: Obras fundamentales, Madrid, BAC, 1979.
19. Roberto BRASILLACH: "Salmo II", en: Itinerarium, N°  
12, 1948.

20. Antonio CAPONNETTO: El deber cristiano de la lucha, Buenos Aires, Scholastica, 1992.
21. Antonio CAPONNETTO: Los niños de Acuario, Buenos Aires, Claretiana, 1996.
22. Antonio CAPONNETTO: La misión educadora de la familia, Mendoza, 2º ed., Narnia, 2000.
23. Leonardo CASTELLANI: Reforma de la enseñanza, Buenos Aires, Difusión, 1939.
24. Leonardo CASTELLANI: Reforma de la enseñanza, Buenos Aires, Vórtice, 1993.
25. Leonardo CASTELLANI: Decíamos ayer, Buenos Aires, Sudestada, 1968.
26. Leonardo CASTELLANI: El nuevo gobierno de Sancho, Buenos Aires, Theoria, 1964.
27. Leonardo CASTELLANI: Su Majestad Dulcinea, Buenos Aires, Cintra, 1956.
28. Leonardo CASTELLANI: Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas, Buenos Aires, Dictio, 1977.
29. Leonardo CASTELLANI: Las Canciones de Militis, Buenos Aires, Dictio, 1977.
30. Leonardo CASTELLANI: Las muertes del Padre Metri, Buenos Aires, Dictio, 1978.
31. Leonardo CASTELLANI: Esencia del liberalismo, Buenos Aires, Dictio, 1976.
32. Leonardo CASTELLANI: Crítica literaria, Buenos Aires, Dictio, 1974.
33. Leonardo CASTELLANI: Notas a caballo de un país en crisis, Buenos Aires, Dictio, 1974.

34. Leonardo CASTELLANI: Los papeles de Benjamín Benavides, Buenos Aires, Dictio, 1978.
35. Leonardo CASTELLANI: Psicología humana, Mendoza, Jauja, s/f.
36. Leonardo CASTELLANI: El Rosal de Nuestra Señora, Mendoza, Jauja, 1996.
37. Alberto CATURELLI: La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy, Buenos Aires, Almena, 1974.
38. Gilbert K. CHESTERTON: Ensayos, México, Porrúa, 1985.
39. Gilbert K. CHESTERTON: El hombre común y otros ensayos sobre la Modernidad, Buenos Aires, Lohlé - Lumen, 1996.
40. Gilbert K. CHESTERTON: La superstición del divorcio, Buenos Aires, Sudamericana, 1966.
41. Gilbert K. CHESTERTON: El hombre que fue jueves, Buenos Aires, Losada, 1938.
42. Gilbert K. CHESTERTON: Ortodoxia, México, Porrúa, 1986.
43. Gilbert K. CHESTERTON: La Iglesia Católica y la conversión, Buenos Aires, Tierra Media, 2000.
44. G. K. CHESTERTON: Lo que está mal en el mundo, en: Obras Completas, Plaza y Janés, Barcelona, 1961, t. 1.
45. Jean DANIELOU: La misión de los ángeles según los Padres de la Iglesia, Buenos Aires, Paulinas, 2000.
46. Armando DÍAZ OP: Los ángeles y el demonio del mediodía, Santa Fe de la Veracruz, Centro de Estudios San Jerónimo, 1996.

47. Cristina G. de DELGADO: "Feminismo y educación", en: AAVV: La mujer hoy, después de Pekín, Rosario, Jc, 1995.
48. Ana Catalina EMMERICK: Nacimiento e infancia de Jesús, Buenos Aires, Guadalupe - Agape, 2004.
49. Federico Guillermo FABER: Belén o el misterio de la Santa Infancia, Buenos Aires, Librería Santa Catalina, 1945.
50. Francisco FERNANDEZ CARVAJAL: Hablar con Dios. Meditaciones para cada día del año, VII, Madrid, Palabra, 1986.
51. Rafael GAMBRA: El lenguaje y los mitos, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2001.
52. Rafael GAMBRA: El silencio de Dios, Buenos Aires, Huemul, 1981.
53. Manuel GÁLVEZ: El novelista y las novelas, Buenos Aires, Dictio, 1980.
54. Antonio GARCÍA FIGAR: Curso superior de moral católica, Ediciones y publicaciones españolas, Madrid, 1946.
55. Alberto GARCÍA VIEYRA OP: El Rosario y sus misterios, Paraná, Mikael, 1982.
56. Carlo GNOCCHI: Pedagogía del Dolor inocente, Buenos Aires, Emecé, 1957.
57. San Luis María GRIGNION DE MONTFORT: Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, Buenos Aires, Lumen, 1989.
58. Romano GUARDINI: El servicio al prójimo en peligro, Buenos Aires, Lumen, 1992.

59. Romano GUARDINI: La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida, Buenos Aires, Lumen, 1994.
60. Romano GUARDINI: El Señor, Buenos Aires, Lumen, 2000.
61. Jean GUITTON: Cosas del cielo, cosas de la tierra. Conversaciones con Gérard Prévost, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
62. José María IRABURU: Síntesis de la espiritualidad católica, Pamplona, Gratis Date, 1991.
63. Alberto JUSTO O.P: "La hora del más pequeño", en: Guía de contemplativos, [http://members.fortunecity.es/mariabo/la\\_hora.htm](http://members.fortunecity.es/mariabo/la_hora.htm).
64. Alberto LAGO FREIRE: "En el centenario de Chesterton", en: Universitas, UCA, n° 35, 1974.
65. Clive S. LEWIS: El problema del dolor, Santiago, Editorial Universitaria, 1990.
66. Clive S. LEWIS: La abolición del hombre, Santiago, Andrés Bello, 2000.
67. Clive S. LEWIS: Crónicas de Narnia (I). El León, la bruja y el ropero, Santiago, Andrés Bello, 2000.
68. Federico MIHURA SEEBER: Aproximación al problema del dolor, Buenos Aires, Educa, 1999.
69. Juan Carlos MORENO: Gustavo Martínez Zuviría, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962.
70. EL NUEVO TESTAMENTO, Buenos Aires, Club de Lectores, 1993, traducción directa del original griego por Mons. Dr. Juan STRAUBINGER.
71. JUAN PABLO II: Carta Encíclica Salvifici Doloris, Buenos Aires, Paulinas, 1984.

72. JUAN PABLO II: Carta a las Familias, Buenos Aires, Paulinas, 1994.
73. JUAN PABLO II: Carta del Papa a los niños en el Año de la Familia, Buenos Aires, Paulinas, 1995.
74. JUAN PABLO II: Encíclica Evangelium Vitae, Buenos Aires, Paulinas, 1995.
75. JUAN PABLO II: Creo en Dios Padre. Catequesis sobre el Credo, I, Palabra, 1996.
76. JUAN PABLO II: "Discurso del Santo PADRE Juan Pablo II a la familia espiritual de Don Carlo Gnocchi", Sábado 30 de noviembre de 2002, en: Zenit (Servicio Diario), <http://www.zenit.org/spanish/subdiario.html>
77. JUAN PABLO II: Mensaje de Cuaresma de 2004, en: Zenit (Servicio Diario), <http://www.zenit.org/spanish/subdiario.html>
78. Hervé PASQUA: Opinión y verdad, Madrid, Rialp, 1991.
79. Josef PIEPER: El ocio y la vida intelectual, Madrid, Rialp, 1998.
80. Rodolfo RAGUCCI: Literatura española de los últimos cien años, Buenos Aires, Don Bosco, 1962.
81. Alfredo SÁENZ SJ: Como evangelizar desde la cátedra, Buenos Aires, Mikael, 1983.
82. Alfredo SÁENZ SJ: Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas. Ciclo B, Buenos Aires, Gladius, 1993.
83. Ramiro SÁENZ: Fátima. Un examen de conciencia ante el tercer milenio, Buenos Aires, Apostolado de Fátima en Argentina, 1998.
84. Antoine de SAINT EXUPÉRY: Obras completas, Barcelona, Plaza y Janés, 1967.

85. Sebastián SÁNCHEZ: "Acedia en el educador católico", en: Arbil, Anotaciones de pensamiento y crítica, n° 93, Junio de 2005, <http://pagina.de/revista-arbil>.

86. Eudaldo SERRA BUIXÓ: El camino de la infancia espiritual, Barcelona, Balmes, 1948.

87. Santa TERESA DEL NIÑO JESÚS: Historia de un alma, Buenos Aires, Bonum, 2000.

88. Joseph de TONQUEDEC: Chesterton, Buenos Aires, Difusión, 1943.

89. Tihamér TOTH: Creo en la Iglesia, Madrid, Sociedad de Educación Atenas, 1939.

90. Hugo WAST: Autobiografía del hijito que no nació, Buenos Aires, Theoría, 1994.

91. Hugo WAST: Navega hacia alta mar, Buenos Aires, Vórtice - Didascalía, 1996.

- [Preguntas y comentarios al autor](#)

## Citas

<sup>1</sup> .- Santo TOMÁS DE AQUINO: Suma teológica (en adelante: Summa), Buenos Aires, Club de Lectores, II-II, q. 43, a. 1, ad 4.

<sup>2</sup> .- Leonardo CASTELLANI: Cristo y los fariseos, Mendoza, Jauja, 1999, p. 16.

<sup>3</sup> .- Alberto JUSTO O.P: "La hora del más pequeño", en: Guía de contemplativos, <http://members.fortunecity.es/mariabo/lahora.htm>.

<sup>4</sup> .- Antonio GARCÍA FIGAR: Curso superior de moral católica, Ediciones y publicaciones españolas, Madrid, 1946, p.171.

<sup>5</sup> .- Santo TOMAS: Summa, 1988, II-II, q. 43, a. 3

<sup>6</sup> .- Alfredo SÁENZ SJ: Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas. Ciclo B, Buenos Aires, Gladius, 1993, p. 262.

<sup>7</sup>.- Monseñor Héctor AGUER: Homilía en la celebración diocesana de la Beata María Ludovica De Angelis, Iglesia Catedral de La Plata, 25 de febrero de 2005, en: AICA, <http://www.aica.org/aica/documentos>

<sup>8</sup>.- Cf. JUAN PABLO II: Encíclica Evangelium Vitae, Buenos Aires, Paulinas, 1995, n° 18.

<sup>9</sup>.- Hervé PASQUA: Opinión y verdad, Madrid, Rialp, 1991, p. 83.

<sup>10</sup>. - En una obra fundamental, enseña el P. Bojorge que el origen de este mal es el pecado de la acedia, en tanto entraña el doble movimiento de apercepción, porque el bien no es percibido, y de dispersepción, porque se percibe el bien como mal. El problema es, tal como lo señala este autor, que la acedia se ha hecho civilización. Cf. Horacio BOJORGE: En mi sed me dieron vinagre. La civilización de la acedia, Buenos Aires, Lumen, 1999, pp. 36 - 155 y ss. Véase del mismo autor: Mujer, ¿por qué lloras? Gozo y tristezas del creyente en la civilización de la acedia, Buenos Aires, Lumen, 1999.

<sup>11</sup>.- En realidad, según Nietzsche, se trata de "ir más allá del bien y de mal", en el sentido de superar "los falsos valores impuestos desde arriba". Se trata pues de "liberar" al hombre de los mandatos de un dios inexistente para que pueda decretar él mismo sus valores. Como se ve, de esa forma de ateísmo al relativismo actual hay sólo un paso. Cf. Etienne GILSON: El difícil ateísmo, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1991, pp.28 y ss.

<sup>12</sup>.- Rafael GAMBRA: El lenguaje y los mitos, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2001, p.21.

<sup>13</sup>.- Es la que expresión del Papa Juan Pablo II al referirse a los ataques contra el hombre. Cf. JUAN PABLO II: Evangelium vitae, n° 8.

<sup>14</sup>.- Antonio CAPONNETTO: Los niños de Acuario, Buenos Aires, Claretiana, 1995, p. 8.

<sup>15</sup>. - Ibid.

<sup>16</sup>.- Federico Guillermo FABER: Belén o el misterio de la Santa Infancia, Buenos Aires, Santa Catalina, 1945, p. 260.

<sup>17</sup>.- Citado por Mons. Victorio BONAMIN: El diablo en la vida de Don Bosco, Buenos Aires, Dictio, 1980,p.42.

<sup>18</sup>.- San Juan BOSCO: "El joven cristiano", en: Obras fundamentales, Madrid, BAC, 1979, p. 521.

<sup>19</sup>.- Roberto BRASILLACH: "Salmo II", en: Itinerarium, N° 12, 1948, p. 130.

<sup>20</sup>.- Hugo WAST: "Vocación de Escritor", en: Obras completas, T. XXV, Buenos Aires, Thau, p.276.

<sup>21</sup> - Ibid., p.268.

<sup>22</sup>.- Cf. Juan Carlos MORENO: Gustavo Martínez Zuviría, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, pp.59 y ss. <sup>23</sup>.- Manuel GÁLVEZ: El novelista y las novelas, Buenos Aires, Dictio, 1980, pp.134-135.

<sup>24</sup>. - Hugo WAST: Autobiografía del hijito que no nació, Buenos Aires, Theoría, 1994, p.68.

<sup>25</sup>. - Idem., p.69.

<sup>27</sup>. - Idem., p.21.

<sup>28</sup>.- Idem, p.40.

<sup>29</sup>. - Armando DÍAZ OP: Los ángeles y el demonio del mediodía, Santa Fe de la Veracruz, Centro de Estudios San Jerónimo, 1996, p.38.

<sup>29</sup>.- WAST: Autobiografía, p.59.

<sup>30</sup>.- Véanse al respecto las bellísimas reflexiones de Hugo WAST en "Navega hacia alta mar", Buenos Aires, Vórtice - Didascalia, 1996, pp. 189-190.

<sup>31</sup>.- JUAN PABLO II: "Discurso del Santo PADRE Juan Pablo II a la familia espiritual de Don Carlo Gnocchi", Sábado 30 de noviembre de 2002, en: Agencia Zenit, [www.zenit.org/spanish/subdiario/html](http://www.zenit.org/spanish/subdiario/html)

<sup>32</sup>.- Carlo GNOCCHI: Pedagogía del dolor inocente, Buenos Aires, Emecé, 1957, p.23.

<sup>33</sup> - JUAN PABLO II: Carta Apostólica Salvifici Doloris, n° 8.

<sup>34</sup>. - GNOCCHI: Op. cit., p.25.

<sup>35</sup>. - Idem, p.26.

<sup>36</sup>.- Idem, p.27.

<sup>37</sup>. - Dostoievsky, con su habitual maestría, supo retratar esta cuestión en Los hermanos Karamazov, concretamente en el capítulo titulado Rebelión, poco antes del Sermón del Gran Inquisidor. Allí, en el terrible diálogo entre Iván y Aliocha, se exponen la mayor parte de los argumentos que, a fuer de no aceptar el misterio, terminan por propiciar el rebelde ateísmo.

<sup>38</sup>. - Clive S. LEWIS: El problema del dolor, Santiago, Editorial Universitaria, 1990, p.41.

<sup>39</sup>. - Idem, p.42.

<sup>40</sup>. - GNOCCHI: Op. Cit., p. 31.

<sup>41</sup>. - Idem, p.34.

<sup>42</sup>. - Idem, pp.39 - 40.

<sup>43</sup>. - Federico MIHURA SEEBER: Aproximación al dolor, Buenos Aires, Educa, 1999, p. 165.

<sup>44</sup>. - GNOCCHI: Op. Cit., p.44.

<sup>45</sup>. - Ignacio B. ANZOÁTEGUI: "Defensa de la niñez", citado por Antonio CAPONNETTO: La misión educadora de la familia, Mendoza, Narnia, 1999, p.111.

<sup>46</sup>. - GNOCCHI: Op. Cit., p.47.

<sup>47</sup>. - Idem, p.51.

<sup>48</sup> - JUAN PABLO II: Carta a las Familias, 2 de febrero de 1994, n°14: "los hijos privados del padre o de la madre y condenados a ser de hecho huérfanos de padres vivos"

<sup>49</sup>. - JUAN PABLO II: Salvifici, n°29

- <sup>50</sup>. - MIHURA SEEBER: Op. Cit., p.188.
- <sup>51</sup>. - Idem, p.28, nota al pie.
- <sup>52</sup>. - Beata Ana Catalina EMMERICK: Nacimiento e infancia de Jesús. Visiones y revelaciones, Buenos Aires, Guadalupe - Agape, 2004, pp. 165-166. La cursiva es nuestra.
- <sup>53</sup>. - JUAN PABLO II: Salvifici, n° 31.
- <sup>54</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON: Ortodoxia, México, Porrúa, 1986, p.35.
- <sup>55</sup>. - Vid. Blas María ALLEGRI: Aproximación a Chesterton, Buenos Aires, Educa, 1996, p.41, nota 12.
- <sup>56</sup>. - Gilbert K. CHESTERTON: La Iglesia Católica y la conversión, Buenos Aires, Tierra Media, 2000, p.105.
- <sup>57</sup>. - Citado por ALLEGRI: Op. Cit., p. 32.
- <sup>58</sup>.- Miguel AYUSO: Chesterton, caballero andante, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2001.
- <sup>59</sup>. - Antonio CAPONNETTO: El deber cristiano de la lucha, Buenos Aires, Scholastica, 1992, p. 36.
- <sup>60</sup>. - ALLEGRI: Op. Cit, p. 90.
- <sup>61</sup>. - P. Alberto JUSTO: Op. Cit., en: [http://members.fortunecity.es/mariabo/la\\_hora.htm](http://members.fortunecity.es/mariabo/la_hora.htm).
- <sup>62</sup>. - ALLEGRI: Op. Cit., p. 95.
- <sup>63</sup>. - Gilbert K. CHESTERTON: El hombre que fue jueves, Buenos Aires, Losada, 1938, p.23.
- <sup>64</sup>.- Leonardo CASTELLANI: Crítica literaria, Buenos Aires, Dictio, 1974, p.153.
- <sup>65</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON: "La nueva defensa de las escuelas católicas", en su: El Hombre Común y otros ensayos sobre la modernidad, Buenos Aires, Lumen, 1996, p. 140.
- <sup>66</sup>. - Alfredo SÁENZ: Como evangelizar desde la cátedra, Buenos Aires, Mikael, 1983, p.15.
- <sup>67</sup>.- Idem., p. 23.
- <sup>68</sup>.- Cf. Sebastián SÁNCHEZ: "Acedia en el educador católico", en: Arbil, Anotaciones de pensamiento y crítica, n° 93, Junio de 2005, <http://pagina.de/revista-arbil>.
- <sup>69</sup>.- Véase Josef PIEPER: El ocio y la vida intelectual, Madrid, Rialp, 1998 (6° ed.), especialmente pp. 9-54. Aquí también el gran filósofo alemán señala los peligros inmanentes a la acedia.
- <sup>70</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON: Obras Completas, T.II, Barcelona, Plaza & Janés, 2a.ed.,1961, pp.1453-1454.
- <sup>71</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON: Ensayos, México, Porrúa, 1985, p.52.
- <sup>72</sup>.- Clive S. LEWIS: La abolición del hombre, Santiago, Andrés Bello, 2000, pp.61 y ss.
- <sup>73</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON: "La superstición de la escuela", en su: El Hombre Común, p. 40.

- <sup>74</sup>.- Alberto LAGO FREIRE: "En el centenario de Chesterton", en: Universitas, UCA, n° 35, 1974, p.18.
- <sup>75</sup>.- Idem., p.20.
- <sup>76</sup>.- Francisco Luis BERNÁRDEZ: "Canción final", en: Poemas de carne y hueso, Buenos Aires, Losada, 1998, p.161.
- <sup>77</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON: Chesterton, maestro de ceremonias, Buenos Aires, Emecé, 1950, p.225.
- <sup>78</sup>.- CHESTERTON: El hombre que fue jueves, pp.23-24.
- <sup>79</sup>.- Cf. Gilbert K. CHESTERTON: La superstición del divorcio, Buenos Aires, Sudamericana, 1966, p.54
- <sup>80</sup>.- G. K. CHESTERTON: Lo que está mal en el mundo, I "El error clínico", en: Obras Completas, Plaza y Janés, Barcelona, 1961, t. 1, p. 709.
- <sup>81</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON: "The Wise Men of the East", en: Joseph de TONQUEDEC: Chesterton, Buenos Aires, Difusión, 1943, p. 137.
- <sup>82</sup>.- Leonardo CASTELLANI: Las Canciones de Militis, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 23.
- <sup>83</sup>.- Antonio CAPONNETTO: Campanas de tierra y cielo, Buenos Aires, APC - Nueva Hispanidad, 2002, p.50.
- <sup>84</sup>.- Leonardo CASTELLANI: "Canción del amor patrio", en: Leonardo CASTELLANI: Las muertes del Padre Metri, Buenos Aires, Dictio, 1978, p. 33.-
- <sup>85</sup>.- CASTELLANI: Las Canciones, p. 46.
- <sup>86</sup>.- Véase, en el epílogo, el apartado: Nuestro Señor y la salvación por la infancia espiritual.
- <sup>87</sup>.- CASTELLANI: Las Canciones, p. 37.
- <sup>88</sup>.- Mientras esto escribimos, el Parlamento argentino trata la Ley de Donante Presunto que, sencillamente explicada, obliga a la donación de órganos (salvo expresa negativa) e implica la propiedad del Estado sobre los cadáveres para su supuesto usufructo en la ablación. Un nuevo ejemplo de totalitarismo y del modo de actuar de los fautores de la Cultura de la Muerte que convierten todo lo que tocan en algo deleznable, aún cuando los fines declamados sean moralmente buenos.
- <sup>89</sup>.- JUAN PABLO II: Evangelium vitae, n°20.
- <sup>90</sup>.- Véase el interesante trabajo de Cristina G. de DELGADO: "Feminismo y educación", en: AAVV: La mujer hoy, después de Pekín, Rosario, Jc, 1995, pp. 85 y ss.
- <sup>91</sup>.- CASTELLANI: Las Canciones, p. 98.
- <sup>92</sup>.- CASTELLANI: La reforma de la enseñanza, Buenos Aires, Vórtice, 1993, p. 47.
- <sup>93</sup>.- Leonardo CASTELLANI: "Canción de la esperanza patriótica", en su: Decíamos ayer, Buenos Aires, Sudestada, 1968, p. 311.
- <sup>94</sup>.- Rafael GAMBRA: El silencio de Dios, Buenos Aires, Huemul,. 1981, pp. 76 y ss.

- <sup>95</sup>. - Véanse las reflexiones de CHESTERTON: Ortodoxia, especialmente el capítulo II: El maniático, pp. 6 y ss.
- <sup>96</sup>. - Leonardo CASTELLANI: Esencia del liberalismo, Buenos Aires, Dictio, 1976, p.162.
- <sup>97</sup>. - Leonardo CASTELLANI: Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 39.
- <sup>98</sup>. - Leonardo CASTELLANI: Su Majestad Dulcinea, Buenos Aires, Cintra, 1956, s.n.
- <sup>99</sup>. - Leonardo CASTELLANI: Notas a caballo de un país en crisis, Buenos Aires, Dictio, 1974, p. 433.
- <sup>100</sup>. - Leonardo CASTELLANI: El nuevo gobierno de Sancho, Buenos Aires, Theoria, 1964, p. 37.
- <sup>101</sup>. - El propio Castellani solía llamarse a sí mismo periodista, una muestra más de la humildad del Doctor Sacro Universal, y en cierto modo lo fue, pero no del tipo de cronista amoral que toma la opinión como fuente de saber. Todo lo contrario, si él supo mostrar lo visible fue sin esconder lo invisible pues tuvo el don de mostrar la realidad a través del prisma de las cosas celestes.
- <sup>102</sup>. - CASTELLANI: Las Canciones, p. 160.
- <sup>103</sup>. - Antoine de SAINT EXUPÉRY: Ciudadela, en: Obras completas, Barcelona, Plaza y Janés, 1967, p. 633.
- <sup>104</sup>. - CASTELLANI: Martita Ofelia, p. 40. La cursiva es del original.
- <sup>105</sup>. - Cf. Santo TOMÁS: Summa, II-II, q.59. a1.
- <sup>106</sup>. - Leonardo CASTELLANI: Psicología humana, Mendoza, Jauja, s/f, p.176.
- <sup>107</sup>. - JUAN PABLO II: Creo en Dios Padre. Catequesis sobre el Credo, I, Palabra, 1996, p. 334.
- <sup>108</sup>. - Idem., p. 335. La cursiva es del original.
- <sup>109</sup>. - Leonardo CASTELLANI: Los papeles de Benjamín Benavides, Buenos Aires, Dictio, 1978, p.351.
- <sup>110</sup>. - CASTELLANI: Martita Ofelia, p. 38.
- <sup>111</sup>. - Cf. Jean DANIELOU: La misión de los ángeles según los Padres de la Iglesia, Buenos Aires, Paulinas, 2000.
- <sup>112</sup>. - CASTELLANI: Psicología, p. 234.
- <sup>113</sup>. - SANTO TOMÁS DE AQUINO: El gobierno de los príncipes, México, Porrúa, 1998, L. I, C. VI, p. 267.
- <sup>114</sup>. - CASTELLANI: Martita Ofelia, p.30.
- <sup>115</sup>. - CASTELLANI: Crítica literaria, p. 318.
- <sup>116</sup>. - SAINT EXUPÉRY: Op. Cit., p. 597.
- <sup>117</sup>. - CASTELLANI: Martita Ofelia, p. 60.
- <sup>118</sup>. - Cf. Clive .S. LEWIS: Las crónicas de Narnia (I). El león, la bruja y el ropero, Santiago, Andrés Bello,

2000.

- <sup>119</sup>.- Jean GUITTON: Cosas del cielo, cosas de la tierra. Conversaciones con Gérard Prévost, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 94. La cursiva es nuestra.
- <sup>120</sup>.- Al respecto, véanse las bellísimas reflexiones de Mons. Tihamér TOTH: El joven y Cristo, Buenos Aires, Gladius, 1989, pp. 23 y ss. Asimismo, recomendamos la obra del P. Horacio BOJORGE: La Casa sobre roca. Noviazgo, amistad matrimonial, educación de los hijos, Buenos Aires, Lumen, 2005, especialmente la III Parte.
- <sup>121</sup>.- San AGUSTÍN: Confesiones, Buenos Aires, Lumen, 1999, libro I, Cap. VII, pp. 23-24.
- <sup>122</sup>.- Antonio CAPONNETTO: La misión educadora de la familia, Mendoza, Narnia, 1999, p.108.
- <sup>123</sup>.- León BLOY: "Cartas a su novia", en: Páginas escogidas de León Bloy, Santiago de Chile, Zig - zag, 1945, p.142
- <sup>124</sup>.- GAMBRA: El silencio, p. 83.
- <sup>125</sup>.- JUAN PABLO II: Carta del Papa a los niños en el Año de la Familia, (dada en Roma el 13 de Diciembre de 1994), Buenos Aires, Paulinas, 1995, p.18. Este singular documento pontificio representa una pieza única que merece ser retomada en forma constante. En el mismo sentido, recomendamos especialmente el reciente y bellísimo diálogo que mantuvo S.S. Benedicto XVI con un grupo de niños en Roma y que resulta ser todo un ejemplo de piedad catequética. Cf. Vatican Information Service, n° 54017, 15 de Octubre de 2005.
- <sup>126</sup>.- Cf. "Niño arrestado por intentar dar de beber a Terri Schindler-Schiavo cumple sentencia", en: Aciprensa, 5 de Setiembre de 2005, [www.aciprensa.com](http://www.aciprensa.com). La cursiva es nuestra.
- <sup>127</sup>.- Gilbert K. CHESTERTON (Leonardo CASTELLANI): "Eclesiastés", en: CASTELLANI: Crítica literaria, p. 185.
- <sup>128</sup>.- Citado por AAVV (Dir. P. Alfredo SÁENZ SJ): Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas. Ciclo A, Buenos Aires, Gladius, 1995, p.29.
- <sup>129</sup>.- Eugenio D'ORS: Introducción a la vida angélica, Madrid, Tecnos, 1987, 16.
- <sup>130</sup>.- Santo TOMAS: Summa, I-II, q. CXIII, a. 1.
- <sup>131</sup>.- Idem., I-II, q. CXIII, a.2.
- <sup>132</sup>.- Idem., I-II, q. CXIII, a.4.
- <sup>133</sup>.- Francisco FERNANDEZ CARVAJAL: Hablar con Dios. Meditaciones para cada día del año, VII, Madrid, Palabra, 1986, p. 135.
- <sup>134</sup>.- Ignacio B. ANZOÁTEGUI: "Defensa de la niñez", cit. por CAPONNETTO: La misión, pp. 109-110.
- <sup>135</sup>.- Tihamér TOTH: Creo en la Iglesia, Madrid, Sociedad de Educación Atenas, 1939, p. 283.
- <sup>136</sup>. - Romano GUARDINI: "Der Engel des Menschen", en: AAVV: Ángeles en el pensamiento de teólogos y filósofos contemporáneos, Buenos Aires, Lumen, 2003, p. 63.

- <sup>137</sup>.- Ignacio B. ANZOÁTEGUI: De tumbo en tumba, Buenos Aires, Theoria, 1966, p.46.
- <sup>138</sup>.- José SELGAS: "La cuna vacía", en: Rodolfo RAGUCCI: Literatura española de los últimos cien años, Buenos Aires, Don Bosco, 1962, p.286.
- <sup>138</sup>.- P. Andrés AZCÁRATE: Curso de Liturgia, Buenos Aires, San Benito, 1951, p. 599.
- <sup>139</sup>.- Alberto GARCIA VIEYRA OP: El Rosario y sus misterios, Paraná, Mikael, 1982, p. 58.
- <sup>140</sup>.- Fulton SHEEN: El primer amor del mundo, Buenos Aires, Difusión, 1957, p. 51.
- <sup>141</sup>.- Alberto CATURELLI: La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy, Buenos Aires, Almena, 1974, pp.81 y ss.
- <sup>142</sup>.- Idem., p. 83.
- <sup>143</sup>.- San Luis María GRIGNION DE MONTFORT: Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, Buenos Aires, Lumen, 1989, p. 139.
- 144.- Idem., p.138.
- <sup>145</sup>.- JUAN PABLO II: Carta del Papa a los niños, p.18.
- <sup>146</sup> - P. Ramiro SÁENZ: Fátima. Un examen de conciencia ante el Tercer Milenio, Buenos Aires, Apostolado de Fátima en Argentina, 1998, p.31.
- <sup>148</sup>.- P. Carlos BIESTRO: Jardín cerrado. La Virgen en la escritura y los Santos Padres, Mendoza, Deus in te, 2002, p.123.
- <sup>149</sup>.- Leonardo CASTELLANI: "Auxilium Christianorum", en: El Rosal de nuestra Señora, Mendoza, Jauja, 1996, p. 60.
- <sup>150</sup>.- Cf. Romano GUARDINI: El Señor, Buenos Aires, Lumen, 2000, p. 351.
- <sup>151</sup>.- Cf. S.S. JUAN PABLO II: Carta del Papa a los niños, p.14.
- <sup>152</sup>.- SANTA TERESA DE LISIEUX: "Consejos y Recuerdos", cit. por Eudaldo SERRA BUIXÓ: El camino de la infancia espiritual, Barcelona, Balmes, 1946, p.39.
- <sup>153</sup>.- JUAN PABLO II: Mensaje de Cuaresma de 2004, en: Zenit (Servicio Diario), <http://www.zenit.org/spanish/subdiario.html>
- <sup>154</sup>.- Véase su trilogía "Vivir como el Hijo, vivir como Hijos": Las bienaventuranzas, Buenos Aires, Lumen, 2003; ¡Upa Papá! Elevaciones al Padre Nuestro, Buenos Aires, Lumen, 2004 y Anuncio del Sermón de la Montaña, Buenos Aires, Lumen, 2004.
- <sup>155</sup>.- Cf. José María IRABURU: Síntesis de la espiritualidad católica, Pamplona, Gratis Date, 1991, p.237.
- <sup>156</sup>.- BENEDICTO XVI: "Audiencia General del miércoles 10 de agosto de 2005", en: Observatore Romano,
- <sup>157</sup>.- SANTA TERESA DE LISIEUX: Historia de un alma, Buenos Aires, Bonum, 2000, p.37
- <sup>158</sup>.- GUITTON: Op. Cit., p. 122.

<sup>159</sup>.- SANTA TERESA DE LISIEUX cit. por SERRA BUIXÓ: Op. Cit., p.46.